

Biblioteca
Selecta

ANDERSEN

El ángel

La casa vieja

Los zuecos
maravillosos



29

P

82-93

A3A

Ramón Sopena/
Provenza 95
Barcelona



00054160

APROBACIÓN ECLESIAÍSTICA

VICARIATO GENERAL
DE LA
DIOCESIS DE BARCELONA

NIHIL OBSTAT
EL CENSOR,
AGUSTÍN MÁS FOLCH

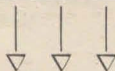
Barcelona 10 de abril de 1923.

IMPRÍMASE

EL VICARIO GENERAL,
FRANCISCO DE P. PARÉS

POR MANDATO DE SU SRÍA.,
LIC. SALVADOR CARRERAS, PBRO.
Scio. Cane.

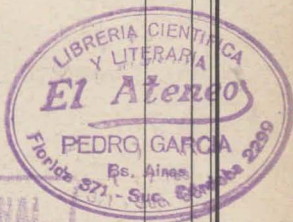
BIBLIOTECA SELECTA



ANDERSEN

EL ÁNGEL

29.137



BARCELONA

RAMÓN SOPENA, EDITOR

PROVENZA, 93 A 97



Derechos reservados.

EL ANGEL

—Cuando un niño muere, un Ángel, descendiendo del Cielo, se aproxima a la camita de la criatura que acaba de morir, se apodera de ella, y estrechándola amorosamente entre sus brazos, extiende sus brillantes y níveas alas, emprendiendo raudo vuelo hacia los lugares que antes fueran más predilectos del pequeño infante; lugares en que recogía flores para llevarlas al Cielo, pues allí crecerían más lozanas, y su perfume sería más suave. Luego el Señor estrecha aquellas flores contra su corazón; y la que le cupo en suerte ser besada por los divinos labios del soberano del mundo, aquélla, decimos, adquiere en el acto el don de la palabra, mezclando su voz a los cantos celestiales, cuyos armoniosos ecos resuenan en medio de la universal alegría.

Esta corta narración contaba un Ángel a un niño que acababa de morir, y que transportaba a las regiones celestes; narración que la criaturita oía como en sueños.

El Ángel, siempre con el niño en brazos, voló sobre los lugares donde la tierna criatura jugaba con más placer, y por fin se detuvieron en medio de un frondoso jardín, donde crecían abundantes y perfumadas flores.

—¿Cuál de estas flores escogeremos para llevarlas al Cielo? — preguntó el Ángel.

En aquel risueño jardín crecía lozano un her-



moso rosal, cuyas ramas, cuajadas de preciosos capullos, habían sido tronchadas por una mano criminal.

—¡Qué maldad! — exclamó tristemente el niño—. Llevémosnos este pobre rosal, y allá en el paraíso volverán a brotar nuevos retoños que darán delicadas rosas.

El Ángel tomó el mutilado arbusto, y recompen-

só la acción del niño estampando en su mejilla un dulce beso. La criaturita entreabrió los párpados, y en sus labios asomó una sonrisa indefinible. Después, el Ángel y el niño dedicáronse a recoger diversas flores, tanto las cultivadas por la mano del hombre como las silvestres.

—Ya tenemos suficientes flores — observó el niño.

El Ángel hizo un gesto afirmativo, pero no dijo cuándo había de emprender de nuevo el vuelo hacia la celeste mansión.

Ya era muy entrada la noche ; absoluta tranquilidad reinaba por doquier. El Ángel, siempre acompañando al niño, volvió a la ciudad, internándose en una estrecha callejuela, obstruída por un montón de basura. Mezclada con aquellos asquerosos residuos había una maceta rota casi en su mitad, y contenía un arbusto silvestre, cuyas raíces estaban aún cubiertas por la tierra. Aunque aquella planta estaba seca, el Ángel la tomó y dijo al niño :

—Nos vamos a llevar este arbolillo. Luego te explicaré la causa.

Emprendieron la marcha, y el Ángel dijo :

—En un piso bajo de esa callejuela que hemos estado, vivía un pobre niño, enfermizo desde su nacimiento ; apenas abandonaba la cama ; a veces, cuando se sentía aliviado, daba una vuelta por la habitación, apoyado en sus muletas. En verano, los rayos del sol caldeaban durante una hora el húmedo entresuelo ; la desgraciada criatura se solazaba con su benéfico calor ; se entretenía en co-

locar su mano ante el rayo solar, viéndola de un color de rosa transparente. El pobre enfermito tenía un amigo, vecino suyo, que le explicaba cómo eran los prados, los campos y los bosques, pues nunca los había visto. Un día su buen amigo le llevó una hermosa rama de haya; el niño la colocó encima de su lecho, y por la noche soñó que jugaba a la sombra de frondosos árboles y que oía el alegre concierto de los pajarillos. Otro día, su vecinito le regaló un ramito de flores silvestres; entre estas flores había una plantita que aun conservaba sus raíces. La plantaron en una maceta y la colocaron en la ventana, no lejos de la cama del enfermo. De aquella planta brotaron nuevas raíces y nuevos vástagos que florecieron. Para resguardarla de los fríos invernales, la trasladaron a la habitación, y cuando volvió el verano, floreció de nuevo. El niño estaba más contento y satisfecho de poseer aquella planta, que otros en ser dueños de un jardín poblado de variados árboles: era su preciado tesoro; la regaba, la cuidaba, y tenía sumo cuidado en que recibiese los benéficos rayos del sol que acariciaban su ventana. La flor alegraba sus ojos, deleitábase él aspirando su delicado aroma, y contemplábala en sus más hermosos sueños; y cuando el Señor lo llamó a su seno, su última mirada fué para su querida flor.

»Un año hace que el niño goza en el Cielo de la presencia de Dios; desde entonces, aquella planta ha continuado en la ventana sin que nadie se cuide de ella, hasta que por fin ha perecido; se ha secado. Y ayer, cuando los nuevos inquilinos han

entrado en el entresuelo en que murió el niño, la han arrojado a la calle revuelta con las basuras.

»Esa pobre flor abandonada es la que forma parte de nuestro ramillete; ha proporcionado más alegrías que la flor más rara de los invernáculos regios.

—¿Quién te ha referido esa historia? — preguntó el niño.

—Nadie — respondió el Ángel—. Yo soy aquel pobre enfermito que andaba con muletas, y he reconocido en el acto mi querida flor.

El niño abrió desmesuradamente los ojos, y contempló extasiado el lindo rostro del Ángel, radiante de celeste esplendor. En aquel momento entraban en la mansión de los bienaventurados. El Señor posó sus divinas manos sobre el niño, que se animó al instante con la vida eterna, brotáronle sobre los hombros dos blanquísimas alas, y fué a mezclarse al coro de los angelitos.

El Señor estrechó contra su corazón las flores del ramillete, y sólo besó a la pobre flor silvestre, seca y sucia.

En aquel instante la flor volvióse lozana y emitió un sonido armonioso que se unió al concierto de los cantos divinos que los ángeles entonaban ante el trono del Altísimo, y por todos los ámbitos de la celeste mansión resonaban ecos de alegría y amor. Todos, grandes y chicos, el pobre niño, la flor abandonada, todos entonaban himnos de alabanzas al Dios de Amor, al Rey y Señor de todo lo creado, y tomaban parte en el universal contento.

LA CASA VIEJA

Un vetusto edificio se alzaba a mitad de la calle. La fecha de su construcción, tallada en la viga maestra entre guirnaldas de lúpulo y tulipas, indicaba que aquella casa fué levantada allí hacía más de tres siglos. También veíanse esculpidos algunos versículos entresacados de la Biblia y de buenos autores profanos. Encima de las ventanas destacábanse figuras en actitudes grotescas. A lo largo del alero del techo se extendía una canal adornada con horribles dragones que por sus enormes bocas lanzaban el agua de las lluvias; pero en la actualidad aquellas aguas salían por las barrigas de aquellos monstruos, pues el tiempo había agujereado la canal.

El resto de los edificios que poblaban la calle eran nuevos y hermosos, todos de moderna construcción; los cristales de las ventanas eran grandes y muy limpios; las paredes estaban cuidadosamente estucadas: parecían de mármol finísimo. Aquellas suntuosas mansiones formaban singular contraste con aquella construcción de los siglos de barbarie.

Las gentes se decían:

«¿Aun no es tiempo de hacer desaparecer ese vetusto caserón, cuyo aspecto debe escandalizar a los amantes de lo bello? Mirad esas molduras que sobresalen e impiden que, desde nuestras ventanas, podamos distinguir cuanto ocurre detrás de esas

viejas paredes. ¿Y qué diremos de la escalera? Es tan ancha como la de un palacio. ¡Cuánto terreno sin aprovechar! ¿Y ese barandal de hierro labrado con tantas presunciones? Los que se apoyen en él deben quedarse con los dedos helados. ¡Lástima de tiempo y dinero!»

Frente al viejo edificio de que hablamos, elevábase una casa de moderno estilo, construída con un gusto bastante prosaico.

Frecuentemente se asomaba a una de sus ventanas un niño de frescas y sonrosadas mejillas, cuyas viva pupilas centelleaban con los destellos de la inteligencia. Placíale al niño contemplar la casa vieja, tanto de día cuando la bañaban los dorados rayos del sol, como cuando estaba iluminada por el argentado resplandor de la luna, y entonces acudía a su memoria aquel tiempo en que, como lo había visto en un antiguo grabado, todas las casas de la calle estaban construídas en el mismo estilo, con ventanas ojivales, techos en forma de embudo, una ancha escalera que subía a la puerta de entrada, dragones y otras figuras horribles en las canales, y por sus calles veíanse circular arqueros, soldados con coraza y alabarda.

Ciertamente a aquella mansión se la podía contemplar durante horas enteras. Vivía en ella un anciano que vestía pantalones de cuero y una casa con grandes botones de metal, a la moda antigua. También usaba peluca, pero tan mal construída que apenas disimulaba la falta de cabellos de su propietario. Todas las mañanas llegaba a la casa un viejo críado que, después de limpiar, barrer

y hacer los encargos, volvía a marcharse. El anciano de las calzas de cuero era el único habitante de aquella morada. Alguna que otra vez se asomaba a una ventana. Un día, el niño le hizo una graciosa inclinación de cabeza, como saludándole, y el anciano correspondió de la misma manera. Al siguiente día volviéronse a saludar; y aunque nunca se habían dirigido la palabra, pronto fueron dos buenos amigos.

Un día el niño oyó decir a sus padres: «El viejo que vive en aquella casa es dueño de grandes riquezas; pero causa profunda pena lo aislado que vive en el mundo.»

Una semana después (era domingo), el niño envolvió un objeto en un papel, bajó a la calle, y acercándose al viejo criado que hacía los encargos de su anciano vecino, le dijo:

—Diga, buen hombre, ¿quiere hacerme el favor de entregar esto de mi parte a su amo? Tengo dos soldados de plomo; aquí, dentro de este papel, hay uno; se le mando para que le haga compañía, pues sé que vive tan aislado del mundo que me causa lástima.

En los labios del criado asomó una sonrisa, tomó el diminuto envoltorio y se lo llevó a su amo.

Algunos minutos después volvió el buen criado y habló a los padres del niño pidiéndoles el consentimiento para que su hijo visitase al caballero anciano.

Los padres consintieron, y el niño se dirigió a la casa vieja.

Verdaderamente, los trompeteros esculpidos en-

cima de la puerta del vetusto edificio tenían los carrillos más inflados que de costumbre, y si se hubiese aguzado el oído, se habría sentido el eco de sus instrumentos, que repetían sin cesar : *¡tarari, tarará, ya está aquí el niño ! ¡tarari, tarará !*

Inmediatamente se abrió de par en par la puerta principal. De las paredes del vestíbulo pendían antiguos retratos de caballeros armados de coraza, castellanas luciendo trajes de damasco y brocado. El niño creyó oír resonar las armaduras y crujir las telas de los vestidos. Llegó a una gran escalera con una balaustrada de hierro labrado, adornada con gruesas bolas de cobre tan relucientes, que se podía uno mirar la cara en ellas, como si fuesen espejos ; diríase que acababan de limpiarlas para festejar la visita del muchachito, la primera que hacían al anciano desde hacía muchos años.

Después de haber subido por aquella interminable escalera, el niño se encontró ante un balcón de grandes dimensiones a cuyos pies se extendía un anchuroso patio. Las maderas del balcón llenas de grietas y agujeros estaban cubiertas de musgo, efecto de su podredumbre y de la humedad. El pavimento del patio no se distinguía ; tanta era la abundancia de hierbas que allí crecían sin que ninguna mano se cuidase de arrancarlas. El balcón ostentaba preciosas macetas de cristal que afectaban la forma de cabezas fantásticas, con orejas de asno en lugar de asas ; apenas había plantas, y nadie las cuidaba ; todas presentaban sus ramitas cuajadas de hojas pero muy contadas flores. Entre estas macetas había una de claveles que cantaba en voz baja :

«La brisa me ha acariciado, el sol me ha besado, y me ha prometido una florecita, una florecita para el domingo.»

El niño entró después en un gran salón; las paredes estaban tapizadas de cuero con flores y arabescos dorados, pero ennegrecidos por los años.

—El dorado desaparece, pero el cuero permanece intacto — murmuraban las paredes.

Atravesaron el salón, y el viejo criado condujo al niño a la habitación en que esperaba el anciano señor. Este lo recibió con dulce sonrisa, y le dijo:

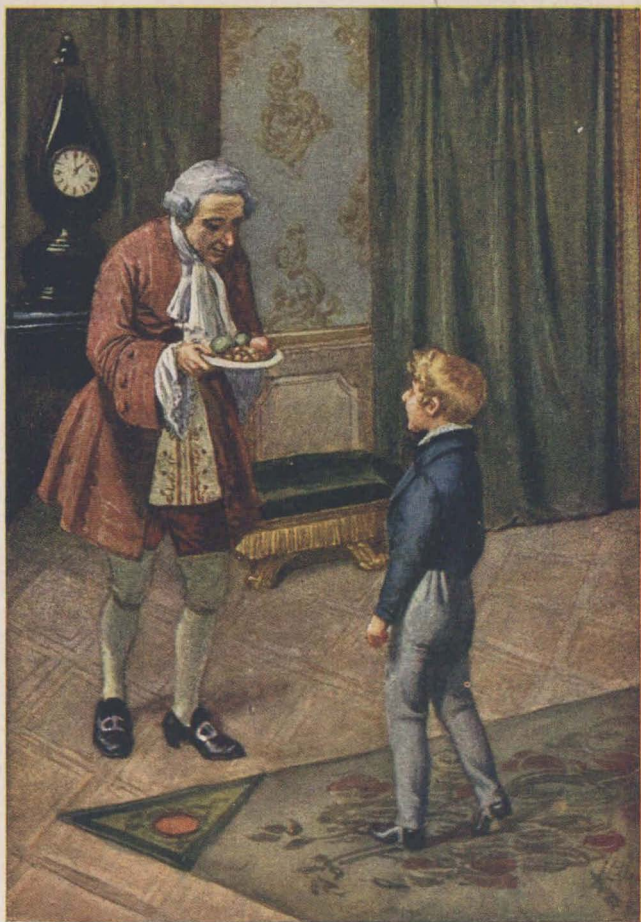
—Gracias, amiguito, por el soldadito de plomo que me has enviado, y gracias igualmente por haber venido a verme.

Entonces los altos sillones de roble, los armarios y todos los muebles crujían: «cric, crac», lo que podía muy bien significar: «Muy buenos días».

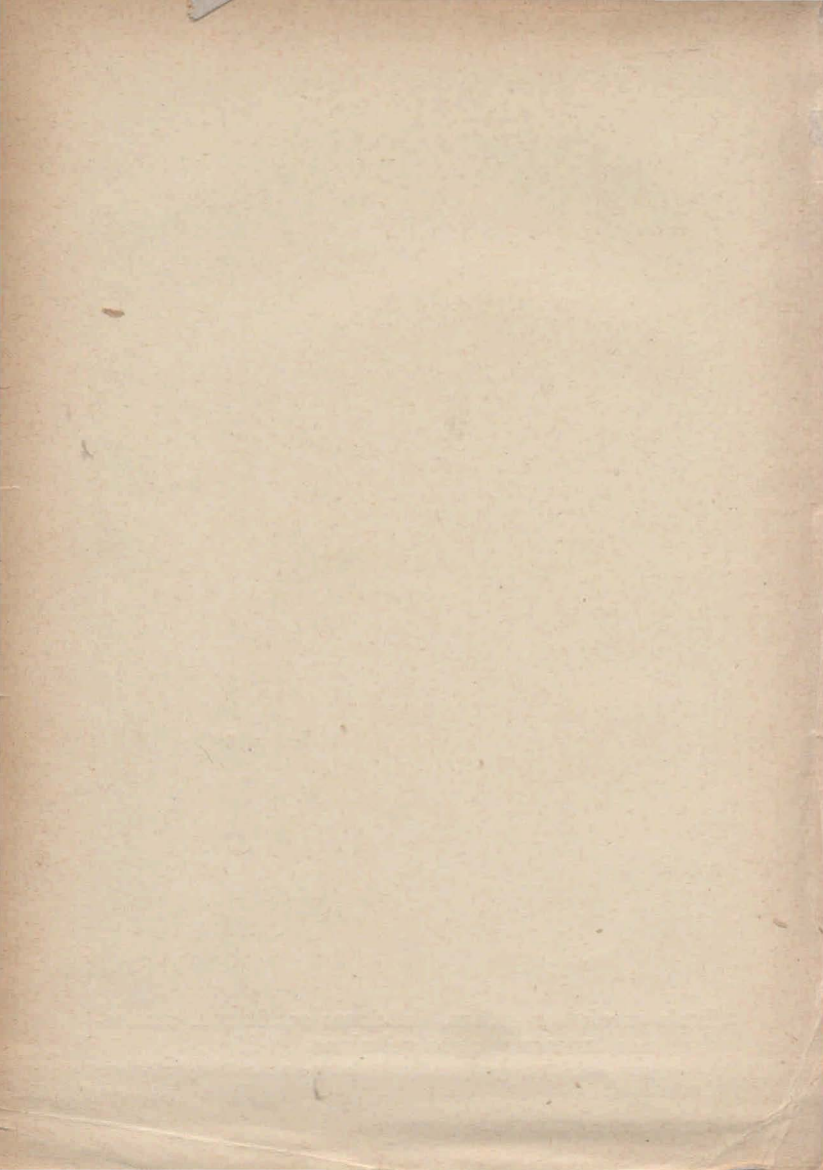
De una de las paredes de la habitación pendía un cuadro que representaba una hermosa dama, joven de gracioso y atractivo rostro; vestía un traje bullonado; los cabellos los tenía empolvados. Miraba al niño con ojos de dulcísima bondad.

—¿Quién es esa dama tan bella? — preguntó el niño—. ¿De dónde ha salido ese retrato?

—De la tienda de un prendero — respondió el anciano—. Con frecuencia tiene retratos que vender, y a precios muy económicos. Los modelos que han servido para pintarlos, hace muchos años que están muertos y enterrados; nadie se preocupa de ellos. Esta señora la conocí yo muy joven; hace cincuenta años que no existe; por casualidad en-



Traía excelentes dulces, deliciosas confituras, manzanas, nueces y otras golosinas... (Pág. 17.)



contré su retrato en casa del prendero y lo he comprado.

Bajo el marco del retrato había, dentro de una esfera de cristal, un ramillete de flores secas; parecían haber sido cogidas precisamente medio siglo antes.

—He oído decir en casa — replicó el niño—, que estás siempre solo y que da pena tu soledad.



—No estoy tan solo como creen — respondió el anciano—. Recibo la visita de mis recuerdos de otros tiempos, y ante mis ojos veo desfilar cuantas personas he conocido. Y ahora estoy contentísimo, puesto que tú has venido a visitarme.

Dicho lo que antecede, el anciano abrió un armario y sacó de él un libro de estampas que mostró al niño; eran reproducciones de las fiestas y procesiones de épocas remotas; gigantescas carrozas

doradas, soldados que se parecían a las sotas de bastos de los naipes; hombres de la clase media luciendo diversidad de trajes, según sus oficios y profesiones. Las estampas eran preciosas: algunas representaban a los sastres con una bandera en la que se veían tijeras sostenidas por dos leores; otras a los zapateros con un águila de dos cabezas, porque en el oficio de éstos hace falta siempre un par de ellas. El rapaz estaba contentísimo contemplando aquellas figuras tan bonitas.

El anciano se dirigió a la cocina, en busca de dulces, confituras, frutas. ¡Qué bien se estaba en la casa vieja!

De pronto, el soldadito de plomo que estaba encima de la chimenea, exclamó:

—¡Esto no puede ser! ¡Es imposible que se acostumbre a semejante soledad el que ha saboreado la vida de familia! Estoy harto ya. Si el día me parece eterno, ¡qué será la noche! Aquí no es vivir como en tu casa, dueño mío; tus padres hablan alegremente, tú y tus hermanos, con vuestro bullicio, alejáis la tristeza. A este viejo no le acarician con un beso ni le regalan árbol de Navidad. ¡Un día le darán un ataúd y todo habrá acabado! ¡Estoy ya harto, muy harto!

—Tú ves las cosas por el lado peor, y haces mal —respondió el niño al soldadito—. A mí, todo lo de esta casa me parece magnífico, y eso que aun no he visto todas las cosas que los antiguos recuerdos presentan a los ojos del amo de esta morada.

—Tampoco las veo yo, y estoy seguro de que no

las veré nunca. Por favor, amito mío, llévame contigo.

—Es imposible — replicó el niño—, tienes que permanecer aquí para hacer compañía al anciano.

En este momento reapareció el viejo. En su rostro pintábase la alegría que experimentaba. Traía excelentes dulces, deliciosas confituras, manzanas, nueces y otras golosinas, y colocó todo delante del niño que, en aquel instante, olvidó las penas del soldado de plomo.

El niño volvió a su casa ; no cabía en sí de contento. Al día siguiente, se asomó a la ventana, vió al anciano y saludó con la cabeza ; éste le devolvió el saludo en la misma forma, sonriendo. Transcurrieron nueve días y volvieron a buscar al niño para conducirlo a la casa vieja.

El «tararí, tarará» de los trompeteros volvió a resonar. Los caballeros y las hermosas damas se destacaron de sus marcos para ver pasar al niño ; los sillones lanzaron su «cric, crac» ; el cuero que tapizaba las paredes volvió a decir que era más duradero que el dorado de sus dibujos ; en fin, todo ocurrió como la primera vez ; nada había cambiado en la casa vieja.

—¡ Qué desgraciado soy ! — gimió el soldado de plomo—. Esto es morir-se. Déjame a lo menos partir a la guerra, amo mío, aunque pierda todos mis miembros. ¡ Llévame contigo ! Ahora sé lo que es recibir la visita de los antiguos recuerdos, y ciertamente, maldito lo divertido que es. Yo — continuó el soldadito — os veía a todos en casa, como si estuviese entre vosotros. Era un domingo por la

mañana, y los niños estaban reunidos, con las manos juntas en piadosa actitud rezando un salmo; tus padres escuchaban con religiosa atención. De pronto se abre la puerta, y tu hermanita María, que cuenta dos años de edad, entra en la estancia. Es muy vivaracha y siempre está dispuesta a bailar con cualquiera música. Al oír vuestros cantos se puso en movimiento, pero por más esfuerzos que



hacía no podía llevar el compás, pues cantabais muy despacio; la niña levantaba su piernecita, y tenía que tenerla al aire mucho tiempo; sin embargo, contoneaba su cabeza del mejor modo que podía. Vosotros permanecíais muy serios, lo que era difícil. Yo me reí tanto, que en el momento en que un pesado carro que por la calle pasaba, hizo trepidar toda la casa, perdí el equilibrio, rodé por tie-

rra y me hice un chichón que aun conservo. El dolor que sentí fué terrible, pero preferiría caerme diez veces al día a permanecer aquí acosado por esos antiguos recuerdos. Y dime tú, amito, ¿aun cantáis los domingos? Cuéntame algo de tu hermanita María. ¿Y mi compañero, el otro soldado de plomo? Debe ser muy feliz, ¿verdad? ¿No puede venir a relevarme? ¡Llévame contigo, amito mío! ¡Llévame contigo!

—Ya no eres mío — respondió el niño—. Tú no ignoras que te he regalado al señor anciano. ¡Sé juicioso y resígnate!

En esta segunda visita el anciano mostró al niño cajitas repletas de juguetes antiquísimos; cartas grandes y doradas, naipes que no sé ven ya ni en los palacios de los reyes. El anciano levantó la tapa de un clavicordio; en su interior veíanse finísimas pinturas, lindos paisajes con pastoras y zagales. El viejo tocó una melodía antigua. El instrumento no estaba afinado y las cuerdas producían un sonido ronco que hería los oídos. Sin embargo, se habría dicho que el retrato de la hermosa dama comprado en casa del vendedor de objetos antiguos se animaba al escuchar la vieja canción. El anciano contemplaba aquel retrato con miradas en las que brillaba el ardor de la juventud; una indefinible sonrisa plegó sus labios.

—¡Quiero ir a la guerra! — gritó el soldado de plomo a voz en grito.

Pero en aquel momento, el anciano fué a coger algo sobre la chimenea y derribó al suelo al soldado. Y cuando el viejo y el niño se inclinaron para

recoger al soldadito, éste no fué encontrado; había desaparecido.

—Mañana lo encontraré — dijo el anciano.

Pero jamás volvió a verlo. El entarimado de la habitación estaba lleno de rendijas, y por una de ellas había pasado el soldado de plomo, quedando debajo de las tablas, como enterrado en vida.

El día transcurrió alegremente a pesar de este incidente. Cuando fué de noche el niño volvió a su casa. Algunas semanas después, el invierno hizo su aparición. Los cristales de las ventanas de la casa en que habitaba el niño estaban empañados, efecto del intenso frío de la calle, tanto, que la criaturita tenía que deshacer con su aliento la capa helada que cubría los cristales para poder distinguir la casa de su viejo amigo. Tal cantidad de nieve caía sobre las esculturas de la puerta, las tulipas, y los trompeteros, que apenas se veían. La casa vieja tenía un aspecto más triste y silencioso que de costumbre. Esto no era de extrañar, pues nadie vivía ya en ella; el anciano había muerto.

Un día por la tarde se detuvo delante de la puerta de la morada del viejo un coche fúnebre, y colocaron en él un ataúd. Poco después el coche se puso en marcha, seguido solamente por el antiguo criado del anciano, pues todos sus amigos habían muerto antes que él. El niño contemplaba desde su ventana el entierro, y de sus ojos caían abundantes lágrimas. De vez en cuando con la punta de los dedos, enviaba besos de adiós al difunto.

Pocos días después, la casa vieja se llenó de gente que iban a comprar cuantos objetos había

en ella, y desde su atalaya el niño vió a los compradores que salían de aquella morada, llevándose los retratos de los caballeros y de las castellanas, las macetas de vidrio, los sillones, que lanzaban su *cric, crac* con más fuerza que nunca. El retrato de la hermosa dama volvió a manos del prendero; si queréis verlo, aún lo hallaréis en su tienda, pues nadie lo ha comprado ni se fija en él.

Cuando llegó la primavera, la casa vieja fué derribada. «Por fin va a desaparecer ese viejo caserón», dijeron los imbéciles, que allí abundaban como en todas partes. Y, mientras la piqueta de los albañiles derribaba los muros, cuyos golpes repercutían en el corazón del niño, desde la calle se veían colgar trozos de la tapicería de cuero dorado, las tulipas volar hechas añicos, y las trompetas de los guerreros esculpidos caer al suelo con un postrero *tarari, tarará*.

Por último, derribada la casa y limpio el terreno de escombros, se construyó una magnífica morada de anchas ventanas, paredes lisas, blanquísimas, y delante de la fachada un jardín rodeado con una verja. Los vecinos, al contemplar el nuevo edificio, exclamaban: «¡Qué aspecto tan bonito tiene!» El jardín estaba cruzado por rectas avenidas y en algunos sitios elevábanse caprichosas glorietas. Las plantas, de múltiples variedades, y cuidadas con más esmero que las del antiguo jardín, lucían preciosas flores que perfumaban el ambiente.

Las gentes se detenían ante la verja y miraban extasiadas aquella linda construcción. Numerosa bandada de gorriones se posaban en las ramas de

los árboles y entre el follaje de las plantas trepadoras que tapizaban las paredes laterales, y en su charla pajaril hablaban de todo, pero no de la casa vieja; ninguno de ellos la había visto, pues habían pasado muchos años, tantos, que, durante ese tiempo, el niño se había transformado en un hombre de provecho, y era el orgullo de sus ancianos padres.

El niño, ya hecho hombre, como decíamos, contrajo matrimonio, y vivía con su esposa en la nueva casa. Un día marido y mujer estaban en el jardín; la señora plantaba un rosal silvestre que encontró paseándose por el campo, y le parecía tan delicado como un rosal criado en un invernadero. En el instante en que apretaba con las manos la tierra alrededor de la planta, sintió un agudo pinchazo en el dedo. «¡Ay!» exclamó, y al mismo tiempo distinguió un objeto reluciente. Lo coge, lo examina, y vió que lo que le había producido el pinchazo era un soldadito de plomo; aquel soldado que, como recordaréis, buscaba en vano el anciano, y que, caído allí cuando derribaban la casa, estaba bajo tierra hacía tantos años.

La dama, sin guardar rencor al soldadito por haberla pinchado, lo limpió con una hoja húmeda de rocío y lo secó con su fino pañuelo que despedía un aroma delicioso. El soldado de plomo no sabía lo que le pasaba, como si saliese de larguísimo letargo.

—Déjame lo ver — dijo el esposo. Luego, con acento dubitativo, añadió—: No, no puede ser el

mismo ; por más que éste me recuerda otro soldado de plomo que tenía cuando yo era niño.

Y en pocas palabras contó a su mujer la historia de la casa vieja y del señor anciano a quien había enviado, para que le hiciese compañía, su soldado de plomo.

La triste historia conmovió profundamente a la señora, y más aún cuando su esposo le habló del retrato que el viejo había comprado en casa del vendedor de antigüedades.

—Quizá — añadió después la dama — este soldadito sea el mismo que regalaste al anciano ; así es, que deseo conservarlo cuidadosamente ; me recordará lo que me acabas de contar. Me llevarás a visitar la sepultura de tu viejo amigo, ¿verdad?

—Ignoro dónde reposan sus huesos — contestó el marido— ; he preguntado, y nadie ha sabido darme noticias. Ya no existe ninguno de sus amigos. Yo era tan pequeñito cuando se lo llevaron al cementerio, que no se me ocurrió preguntar el sitio en donde lo habían enterrado para depositar flores sobre su sepulcro.

—¡ Pobrecillo anciano ! — exclamó la buena señora—. ¡ Vivió solo en el mundo de los vivos, y después de muerto no hubo ninguna persona caritativa que visitase su tumba !

—¡ Oh ! — dijo para sí el soldadito de plomo— ; ¡ también yo he estado mucho tiempo solo ; mas afortunadamente, veo que ahora se acuerdan de mí !

La dama se guardó el soldadito para llevárselo a su casa ; pero antes de marcharse dirigió una mi-

rada al sitio en que aquél había permanecido enterrado tantos años. ¿Qué vió la dama como tierra vulgar? Un pedazo de la riquísima tapicería, pero el dorado había desaparecido completamente.

El soldado, que tenía un oído muy fino, oyó murmurar estas palabras : «El dorado desaparece, pero el cuero permanece intacto.»

Si el soldadito hubiese estado dotado de movimiento, se habría encogido de hombros ; el color y el dorado con que estaba pintado, permanecían aún intactos.

LOS ZUECOS MARAVILLOSOS

EL PRINCIPIO

No muy lejos de Kougens-Nytorv, y en una casa de Copenhague, en la que habitaba un chambelán de Su Majestad, estaba reunida una selecta y numerosa sociedad convidada por los dueños de aquella mansión para ser luego éstos invitados algunas veces por sus huéspedes. La mitad de los asistentes estaba ya agrupada alrededor de las mesas de juego ; la otra mitad esperaba que la esposa del chambelán la invitase a tomar parte en alguna distracción.

Entre tanto se hablaba de tirios y troyanos ; la conversación vino a recaer sobre la Edad Media. Algunos aseguraban que aquella época había sido mucho más pintoresca, agitada e interesante que la presente. El ministro de justicia Knap era de esta opinión, y la defendía con tal calor, que la se-

ñora de la casa tomó parte en la controversia, y ambos pusiéronse a discutir sobre la famosa disertación en que el célebre físico Ørstedt, comparando la antigua y moderna época, da la preferencia a nuestro siglo. Entre las diferentes fases de la Edad Media, el siglo xv era el que más agradaba al ministro de Justicia, y declaró que nunca había sido más feliz Dinamarca que en tiempo del rey Juan.

La discusión fué interrumpida por la presencia de un criado que traía el diario de la tarde. Todo el mundo calló para oír la lectura de las noticias del periódico, pero ninguna era interesante. Y como lo que luego hicieron los allí reunidos tampoco merece contarse, encaminémosnos al vestíbulo, donde estaban los gabanes, los bastones, los zuecos de los convidados. En el mismo vestíbulo había dos mujeres, una de ellas anciana, la otra joven; a simple vista creeríase que eran dos criadas que habían acudido allí para acompañar a sus amas cuando se retirasen de casa del chambelán; pero, fijándose bien en ellas, pronto se descubría que aquellas dos mujeres no eran criadas ni personas de baja condición, pues tenían el cutis muy fino, y sus facciones eran nobles; hasta el corte de sus vestidos era distinguido.

En efecto, aquellas damas eran dos hadas; la más joven era la camarera de una doncella de la Fortuna y tenía la misión de distribuir los pequeños favores de la dicha. Su carácter alegre y afable contrastaba grandemente con el de la anciana, que era taciturna y callada. Esta dama era el hada de la

Preocupación ; siempre ejecuta ella misma su cometido, pues así sabe con certeza que los pesares llegan exactamente a aquellos a quienes van destinados, y jamás se equivoca como sucede a la Fortuna.

Las dos hadas se referían todo cuanto habían hecho durante el día. La joven sólo había hecho algunos encargos sin importancia : había evitado que cayese un aguacero sobre el sombrero nuevo que acababa de comprarse la mujer de un modesto comerciante ; había conseguido que a un hombre de talento, pero sumamente pobre, le saludase un imbécil bien nacido. Mas no era esto todo ; tenía que llevar a cabo otra cosa más extraordinaria aún.

—¿No sabéis lo que es, verdad? — dijo la hada joven—. Pues escuchad. Hoy es mi santo, y para celebrarlo me han confiado el encargo de traer al género humano un par de zuecos que están dotados de una maravillosa propiedad. El que se los calza se encuentra inmediatamente transportado al período histórico que más le agrada ; todo cuanto ve y le rodea es de su época predilecta ; de este modo puede asegurar que sus deseos se han realizado y que ha saboreado la felicidad una vez en su vida. Ahora bien, si el que se calza los zuecos no tiene interés por ninguna de las épocas históricas, entonces, por efecto del encanto, entra en la piel de la persona que él cree más favorecida por la Fortuna.

—Yo creo, por lo contrario — objetó el hada de la Preocupación — que será muy desgraciado y

bendecirá el momento en que se descalce vuestros zuecos.

—¡Qué cosas se os ocurren! — replicó la joven hada—. Pero, atención; pronto saldrán del salón los convidados; voy a colocar los zuecos en sitio bien visible, y siempre habrá uno que los tome por los suyos, y hoy será un día feliz para él, puesto que se realizarán sus deseos.

Así terminó el corto diálogo de las hadas.

AVENTURAS DEL MINISTRO DE JUSTICIA

Poco a poco íbanse retirando los convidados a la fiesta dada por el chambelán. Una de las primeras personas en abandonar la sala fué el ministro Knap. Este señor estaba encantadísimo de las elocuentes frases que había dirigido a sus oyentes alabando la época del rey Juan. Tan absorto estaba en sus reflexiones, que, sin darse cuenta, al tomar sus zuecos en el vestíbulo, se calzó, no los suyos, sino los que había colocado allí la hada joven, o sean los zuecos que estaban dotados de una maravillosa propiedad.

El señor Knap, como íbamos diciendo, se puso los zuecos, bajó la escalera, salió de la casa y se encontró en la calle de Oestergade.

Pero, como los zuecos tenían el privilegio de trasladar a la persona que se los ponía a la época de su predilección, hete aquí al buen ministro chapoteando en medio de una calle de los tiempos del rey Juan, llena de baches y un palmo de hediondo fango.

—¡ Cuánta inmundicia ! — exclamó el ministro, horrorizado—. Cuando vine, la calle no estaba tan llena de lodo... ¡ Y qué oscuro está ! ¡ han apagado los faroles y no puedo dar con la acera !

En efecto, la noche estaba obscurísima, no se distinguía ningún objeto a dos pasos de distancia. Después de haber andado unos cuantos metros, el



...se calzó, no los suyos, sino los que había colocado allí la hada joven... (Pág. 27.)

señor Knap distinguió una lamparilla cuya débil luz alumbraba la imagen de una virgen colocada en una hornacina empotrada en la pared de un edificio. Se detuvo un momento, sorprendido a la vista de aquella imagen que llevaba un niño Jesús en los brazos. Era la primera vez que veía en

Copenhague una hornacina practicada en la fachada de una casa.

—Seguramente aquí vive un anticuario — se dijo— ; habrá expuesto esa imagen como muestra y la ha dejado ahí por olvido.

En aquel momento pasaron por su lado, casi rozándole, dos hombres vestidos con jubones, cubiertas sus cabezas con gorros puntiagudos y calzando zapatos extremadamente largos.

—¡ Caramba ! ¡ caramba ! ¡ Ignoraba que esta noche hubiese baile de máscaras ! ¡ Vaya un par de adefesios !

De pronto hendió los aires el agudo eco de clarines y atabales, y no tardó en aparecer ante la estupefacta mirada del ministro un largo cortejo precedido de hombres vestidos como los anteriores, llevando antorchas encendidas. Gente armada, ostentando férreas vestiduras, y llevando arcos y mazas enormes rodeaban a su jefe que iba vestido como un eclesiástico. El señor Knap preguntó a uno de aquellos hombres que de dónde venía aquella mascarada.

—¡ Cómo ! — respondió el interpelado— ; ¿ no veis que es monseñor el obispo de Seeland ?

—¡ Eso es imposible ! — exclamó el ministro meneando la cabeza—. ¿ Acaso monseñor se ha vuelto loco ? Pero, no puede ser él, es un hombre disfrazado.

Pasó la comitiva, y el señor Knap, reflexionando sobre las estupendas escenas que acababa de presenciar, continuó caminando por la calle de Oestergade, y sólo se detuvo cuando llegó al puente

que conduce a la plaza del Castillo. Pero ¡oh sorpresa! el puente que tanto conocía, ya no existía, sólo vió un río. Perplejo estaba, cuando dos hombres que conducían una lancha se detuvieron en la orilla, ante él, y uno de ellos le gritó:

—¿Quiere Su Señoría que le llevemos a Holm?

—¿Holm? — repitió el ministro, cada vez más estupefacto, y sin pensar en la topografía de la ciudad en el siglo xv—. No, amigo, quiero ir a Christianshavn, a la pequeña Torvegade.

Los hombres le miraron de pies a cabeza, como admirados de la petición que les hacía.

—Decidme, buenas gentes — insistió el ministro—, ¿dónde está el puente que conduce a la plaza del Castillo? Es una estupidez el haber apagado los faroles antes de media noche. Mañana iré a quejarme a la policía. ¡Y qué fango, Dios mío, qué fango! Se creería que está uno en un pantano cenagoso.

Los hombres le contestaron con algunas frases, pero el señor Knap sólo pudo entender dos o tres palabras.

—No sé lo que me queréis decir con vuestro enrevesado dialecto de Barnholm — dijo impaciente el ministro, y les volvió las espaldas.

Siguió la orilla del río, pero sin encontrar el puente; ni siquiera había una sencilla pasarela.

Al ver defraudadas sus esperanzas, exclamó fuera de sí:

—¡En qué abandono tiene estos sitios el municipio! Me quejaré al alcalde. No me falta razón al sostener que, en nuestros días, todo va cada vez

peor. Tendré que tomar un coche si quiero llegar a mi casa.

Inmediatamente se encaminó en busca de un carruaje. Recorrió varias calles expuesto a tropezar y romperse el bautismo, y nada consiguió. En vista de que sus pesquisas eran infructuosas, dijo, impaciente :

—Sólo me queda un recurso, y es volver al Kou-



La tabernera lo miró de arriba abajo como si se tratase de un loco... (Pág. 33.)

gens Nytorv, de donde he venido ; allí hay una parada de coches, estoy seguro, y podré marcharme a casa.

El pobre ministro de Justicia volvió como Dios le dió a entender a la calle de Oestergade, y cuando hubo llegado casi al final, la luna, rasgando las nubes, iluminó la escena.

—¡Qué veo, Dios mío! — exclamó—, ¿qué parapeto han levantado aquí?

Lo que tanto admiraba al buen Knap, era la monumental puerta que, en el siglo xv, cerraba la calle de Oestergade. Por fin, andando de aquí para allí, llegó al sitio donde está situado hoy el Kougens-Nytorv; pero, por virtud de los zuecos, el ministro vió que era un extenso prado por el que corría un ancho canal; del otro lado se distinguían algunas miserables chozas de madera habitadas por los marineros de los buques holandeses.

El señor Knap, consternado, exclamó:

—O estoy bajo la influencia del hada Morgana, o estoy beodo. Jamás he visto semejante sitio en Copenhague.

Y retrocediendo algunos pasos, se puso a examinar las casas; casi todas eran de tablas con los techos de paja.

—¿Qué demonios me pasa? — exclamó cada vez más alarmado y palpándose todo el cuerpo—. Sólo he bebido dos copas de ponche; verdad es que no me siento muy bien; ¡qué idea la del chambelán, no obsequiándonos con te, que no turba el espíritu! Se lo haré presente a su señora. ¿Qué hacer?... Regresaré a su casa, diré lo que me sucede y que me encuentre indispuerto. Algo ridícula será esta determinación, pero ¡qué diantre! no he de pasar la noche vagando por las calles. ¡Con tal que no se hayan acostado aún!

Y se puso en camino para encontrar la casa del chambelán, pero todo fué inútil. Exasperado, se decía:



Gente armada, ostentando férreas vestiduras, y llevando arcos y mazas enormes... (Pág. 29.)

—Está visto que me he perdido. No es ésta la calle de Oestergade. No se ve un solo almacén; no hay más que casuchas como en Roestilde y Ringsted. Con todo, no me cabe duda que la casa del chambelán debería estar por aquí. ¡Ah!... Allí en aquella casa se distingue luz. Aunque sea el infierno, entraré, y pediré informes, pues yo solo no daré nunca con mi camino; por la primera vez en mi vida, veo doubles cuantos objetos se presentan ante mi vista.

El apurado ministro se dirigió a la casa, empujó la puerta que estaba entreabierta y penetró en una sala muy espaciosa; gruesas vigas sostenían el techo; era una tienda de bebidas; allí había una numerosa concurrencia compuesta de marinos y paisanos, y entre ellos notábase la presencia de dos sabios; todos tenían ante sí enormes vasos de cerveza. Ninguno notó la presencia del valiente ministro de Justicia.

—Dispensadme, señora — dijo Knap a la dueña de la casa —; estoy indispueto y me he perdido. ¿Queréis tener la amabilidad de hacerme buscar un coche para que pueda llegar a mi casa, en Christianshavn?

La tabernera lo miró de arriba abajo como si se tratase de un loco; después le habló en alemán, pero un alemán no muy puro. El ministro, creyendo que la mujer no comprendía el dinamarqués, repitió su pregunta en alto alemán. La tabernera, viendo que el traje de su interlocutor era muy distinto del de los demás, y oyendo un lenguaje del que sólo podía traducir algunas palabras, creyó que

era un extranjero, y que, en efecto, tenía perturbadas sus facultades mentales. No obstante le sirvió un vaso de agua fresca para que se repusiera; aquel líquido lo encontró muy salobre el ministro, y sin embargo la tabernera lo había ido a buscar a la fuente.

El señor Knap se quedó en actitud meditativa, respiró con fuerza, y se puso a reflexionar sobre las estupendas cosas que hacía una hora le ocurrían.

No encontrando explicación a todos esos sucesos, levantó los ojos y vio a la tabernera que guardaba un pedazo de papel muy grande.

—¿Es el periódico *La Tarde*? — preguntó.

A tal pregunta, la mujer lo miró estupefacta, sin comprender lo que decía; no obstante, le entregó el papel: era un grabado en madera que representaba un fenómeno celeste que, según el epígrafe que ostentaba, acababa de ser visto en Colonia.

—Este grabado tiene muchos años — dijo el ministro, que era muy aficionado a los impresos antiguos—. ¿De dónde habéis sacado este grabado, que un aficionado, amigo mío, busca hace muchísimo tiempo? El asunto es muy interesante; en la época en que apareció el fenómeno no pudieron explicarse lo que era; actualmente se sabe que era una aurora boreal, meteoro luminoso que se atribuye a la electricidad.

Los bebedores que estaban sentados alrededor del ministro de Justicia y que habían continuado sus libaciones sin hacerle caso, al oírle hablar de aquel modo lo examinaron con aire sorprendido;

uno de ellos, levantándose y quitándose respetuosamente el sombrero, le dijo :

—Caballero, no puede negar que es usted un hombre muy sabio.

—¡ Oh ! no lo crea usted, señor — respondió el aludido— ; sólo poseo alguna instrucción, lo suficiente para poder hablar de todo, entre gentes educadas.

—*Modestia*, virtud que no la poseen todos — di-



jo el que primero empezó a hablar, recalcando enfáticamente las palabras latinas que pronunciaba—. Pero responderé a lo que acabáis de decir : *mihi secus videtur*. Sin embargo, dejaré para otra ocasión mi *judicium*.

—¿ Me permitiréis que os pregunte a quién tengo el honor de hablar? — dijo el ministro.

—Soy *baccalaureus* en Sagrada Escritura.

El señor Knap no se sorprendió de la respuesta ; el traje del individuo le parecía muy apropiado a su profesión. Así es que pensó :

—Sin duda es algún antiguo maestro de escuela de carácter extravagante, como aun suelen encontrarse en las aldeas extraviadas del fondo de la Jutlandia.

—No es este *locus docendo aptus* — objetó el bachiller— ; no obstante, si queréis proseguir la conversación, mucho me placirá. Me parecéis gran conocedor de los antiguos autores.

—En efecto — replicó el señor Knap—, me agradan mucho sus escritos, pero no por eso dejan de agradarme los libros modernos cuando tratan de materias útiles. En cambio, paso por alto las historias vulgares en que nos describen la realidad de este mundo que ya conocemos, y que tanto nos fastidia.

—¿A qué historias os referís?

—A las novelas que hoy se escriben y nos producen tanto tedio.

—Sois muy severo en vuestras apreciaciones — objetó el bachiller— ; entre esas novelas las hay muy divertidas y escritas con mucho ingenio. Son muy buscadas en la corte ; hay una, muy reciente, que agrada en extremo al rey, se titula *Novela del caballero Iffven y de Gaudian*, que trata del rey Arturo y de la mesa redonda. Ha pocos días Su Majestad citó varios pasajes cómicos que merecieron su aprobación.

—No conozco esa obra — contestó el ministro — ;

nueva debe ser, en efecto; ¿la ha publicado Heiberg, verdad?

—No, señor, la ha publicado Godofredo von Gehmen.

—¡ Ah! — exclamó el señor Knap—, ignoraba que hubiese aún en Dinamarca personas que llevasen el antiguo nombre de ese primer impresor dinamarqués.

—En efecto, ése es el primer hombre que introdujo en nuestro país el arte divino que descubrió Guttenberg — repuso el bachiller.

Aquí llegaba la conversación del ministro y del bachiller, cuando fué interrumpida por uno de los bebedores, que empezó a hablar de la terrible peste que hacía algunos años, según él, había causado muchas víctimas. El consejero supuso que el que interrumpía quería hablar del cólera. Otro individuo empezó a contar aventuras de corsarios que habían sucedido en 1490. Recordó el ataque de los piratas ingleses contra los buques mercantes que habían buscado asilo en el puerto de Copenhague. El ministro, creyendo que el narrador se refería al atentado contra el derecho de gentes, cometido en 1801 por los navíos ingleses que fueron a bombardear a Copenhague, lanzó contra los hijos de Albión algunas imprecaciones que fueron muy celebradas por todos.

Pronto la conversación empezó a languidecer. El buen ministro observó que el bachiller ignoraba hasta los más simples elementos de la ciencia. El bachiller, por el contrario, encontraba las proposiciones del consejero demasiado atrevidas y algo

heréticas. Ambos se esforzaron por comprenderse ; de vez en cuando, el bachiller se expresaba completamente en latín, la lengua universal de los sabios ; mas a pesar de esto, no salían del atolladero.

—¿Os encontráis mejor ahora? — preguntó la tabernera tirando de la manga al señor Knap que, arrebatado por el calor de la conversación, acabó por acostumbrarse a las cosas singulares que lo rodeaban.

—¡ No me abandones, Dios mío ! — exclamó, recordando lo que acababa de pasar—. ¿Que dónde me encuentro?

Se sintió vencido por el vértigo.

—¡ Bebamos, señores, bebamos ! — exclamó un marinero—. Tabernera, traednos hidromiel y cerveza de Brema. Y vos, señor, vais a brindar con nosotros — añadió, dando una palmada en la espalda del ministro.

Inmediatamente se presentaron dos jóvenes cubiertos con enormes bonetes puntiagudos. Llenaron los vasos, saludaron a los reunidos y se retiraron.

—Esto sabe a demonios ! — se dijo el ministro después de haberse acercado el vaso a los labios—.

Así es, que se resistía a beber ; pero tanto insistieron los demás, que tuvo que vaciar el contenido de su vaso. Al poco rato uno de los asistentes declaró que se sentía poseído de una dulce embriaguez ; todos querían hablar al mismo tiempo. El ministro suplicó con voz poco segura que fuesen a buscarle un carruaje. El otro sabio, que era doctor

in utroque, al oír la petición del señor Knap, declaró que era moscovita.

Jamás, como en aquellos momentos, el ministro se había encontrado tan a disgusto, pues nunca formó parte de una sociedad tan estúpida como aquélla.

—Cualquiera diría que estoy en medio de salvajes—pensaba el buen Knap—. Ya es tiempo de que me marche de aquí, pues cuando todos estén ebrios, ¡Dios nos libre de sus brutalidades!

Y sin esperar más, se escurrió suavemente por debajo de la mesa, creyendo poder llegar hasta la puerta sin que nadie lo notase. Pero he aquí, que en el momento de alcanzar su propósito, fué visto por el bachiller, y advertidos los demás, lo atraparon e hicieronle sentar nuevamente a la mesa y le obligaron a beber un segundo trago. El ministro forcejeó cuanto pudo, y en la lucha los famosos zuecos se le cayeron de los pies e instantáneamente cesó todo el encanto.

Al punto el ministro de Justicia vió ante sí un hermoso farol cuyos reflejos proyectaban en la fachada de un soberbio edificio. Reconoció que se encontraba en la calle de Oestergade con sus magníficos almacenes, los suntuosos palacios de la gente adinerada, y que estaba sentado en la escalera de uno de ellos, y de cara a la puerta. Delante se encontraba el sereno, que dormía con sueño profundo.

—¡Oh! — exclamó el ministro—, ¡con tal que nadie me haya visto durmiendo aquí! Pero, ¡qué sueño tan raro he tenido! ¡Qué efectos tan terribles

producen dos copas de ponche en una persona honrada !

Momentos después se hallaba el digno funcionario sentado dentro de un coche que lo llevó a su casa de Christianshavn. Durante el trayecto, reflexionó sobre las continuas y extraordinarias peripecias que le habían ocurrido, y se felicitó de vivir en nuestra época, que, según él mismo se decía, era una época que, a pesar de todos sus defectos, valía mucho más que la del rey Juan, de la que tan entusiasmado estaba hasta entonces ; y más aún se felicitaba por no haber pertenecido a un período de tanta barbarie como el de aquel famoso reinado.

LAS AVENTURAS DEL SERENO

Cuando se despertó el sereno que dormía a puer-na suelta junto a la puerta en que cayera extenuado el señor Knap, lo primero que vió fueron los zuecos maravillosos ; los contempló, y después de su examen, dijo :

—De seguro que estos zuecos tan flamantes son del teniente que vive aquí : los habrá olvidado al entrar.

De buena gana habría llamado a la puerta el sereno para entregar los zuecos al teniente, en cuya habitación, situada en el último piso, se veía luz todavía ; pero, temeroso de despertar a los demás inquilinos de la casa, dejó el asunto para el siguiente día.

—¡ Qué calentitos deben encontrarse los pies en-

cerrados en estos zuecos !— se dijo probándose los y asegurándose de que le iban bien—. ¡Qué suaves son !... ¡Qué hombre más feliz debe ser ese teniente ! No tiene ni mujer, ni hijos a quienes dar de comer ; todas las noches lo convidan a divertirse en alguna reunión. Desde aquí veo su sombra proyectarse en los vidrios ; en vez de acostarse se pasea, sin duda recordando las cosas agradables que hoy le han sucedido, e ideando un nuevo programa de diversiones para mañana. ¡ Oh ! sólo desearía yo una cosa : hallarme en el puesto del teniente, y sin ningún genero de duda disfrutaría de una dicha completa.

En el acto, y por la virtud de que estaban dotados los zuecos, el sereno tomó la personalidad del teniente. Se vió transportado a la habitación del oficial, y después de andar por ella febrilmente, se puso a leer un papel que allí encontró ; era un asunto escrito en prosa para una poesía. El manuscrito era hecho por el teniente. ¿Quién, en su vida, no se ha sentido un momento poeta ?

He aquí lo que decía el papel :

« ¡ AY DE MÍ, SI YO FUESE RICO !

» Cuántas veces me he dicho : « ¡ Ay, si yo fuese rico ! » No levantaba del suelo cinco palmos, y ya soñaba con millones.

» ¡ Si yo fuese rico — pensaba entonces —, ceñiría un sable, luciría un precioso uniforme azul, lle-

varía charreteras y sería oficial ! Han transcurrido muchos años, y soy oficial ; pero, rico, ¿no lo seré nunca ?

»Cierta día (era yo muy niño), jugaba con la hija de un vecino nuestro muy rico ; la encantadora criatura me dió un beso ; la había divertido mucho con un cuento inventado por mí ; yo era rico en poesía ; dinero, tenía menos que nunca ; pero aquella chiquilla no deseaba más que poesía.



»Cuando la niña creció, transformándose en una preciosa joven, volví a decirme : «¡ Ay, si yo fuese rico ! » ¡ Qué amable y qué buena era la linda muchacha ! Si ella supiese que yo podría contarle aún hermosos cuentos, me escucharía gustosísima como en otro tiempo. Pero soy pobre y estoy condenado a no decir nada. Ante mí sólo veo un porvenir triste y sombrío.»

Cuando el sereno, convertido en teniente, hubo acabado de leer el manuscrito, quedó reflexionando en la manera de rimar aquel asunto. Pensando en su obra, y con el corazón angustiado, se detuvo delante de la ventana y dirigió una mirada a la calle.

—Ese pobre sereno que desde aquí veo — se dijo, exhalando un suspiro—, es más feliz que yo. Con lo poco que tiene, le es suficiente para sus necesidades y no sufre privaciones como yo ; tiene una casa, mujer, hijos con quienes compartir sus penas y sus placeres. ¡ Oh ! sólo desearía poder cambiar mi suerte con la suya ; en su humilde condición, no me inquietarían las preocupaciones y las locas ideas.

Cuando hubo pronunciado estas últimas frases, el sereno volvió a tomar su primitiva personalidad, y esto consistió en que, convertido en teniente, se había encontrado menos satisfecho de la vida que anteriormente, y por virtud de los zuecos, volvía a recobrar la existencia que antes desdeñara. Así, pues, el sereno volvió de nuevo a ser sereno.

—¡ Qué sueño tan extraordinario y horroroso acabo de tener ! — se dijo—. Deseaba convertirme en el teniente de ahí arriba, y a fe mía, su suerte, que tanto envidiaba, no es tan deseable como yo creía. Mi mujer y mis hijos, cuyas caricias me llenan de felicidad cuando vuelvo a casa fatigado, los echaría de menos.

Continuó sentado en los escalones, sumido en ideas extraordinarias, muy naturales cuando se llevan puestos zuecos encantados. Al dirigir la vista

al cielo, vió correr en el firmamento una estrella errante.

—¡Caramba! — se dijo—. Quisiera saber algo respecto a esos astros brillantes que corren de un lado para otro. Pero lo que más me gustaría es contemplar la luna de más cerca. Allí, según me han asegurado, van a parar las almas de los que mueren, para después volar de una estrella a otra. Ciertamente me agradaría ir a dar una vueltecita por aquellas regiones, aunque tuviese que abandonar en esta escalera mi pobre cuerpo.

Existen cosas en el mundo que es una imprudencia el pensar en ellas, y más cuando se llevan en los pies zuecos embrujados.

La prueba la tenemos en lo que acaeció al sereno.

Nadie ignora la fuerza prodigiosa que comunica el vapor a una máquina; sin embargo, si comparáis la velocidad de un ferrocarril lanzado a toda marcha, con la velocidad de la luz, diríais que el ferrocarril es un caracol corriendo tras una liebre. La velocidad de la luz, que recorre en ocho minutos la distancia que existe entre el sol y la tierra (millones y millones de leguas), no es nada comparada con la velocidad del alma cuando, al desprenderse del cuerpo, emprende vertiginosa carrera, pues en pocos segundos pasa de un astro a otro. Así es, que el primer choque es tan violento que nuestro corazón deja de latir en el acto, y el cuerpo queda sin movimiento, a menos que, como le ocurría al sereno, llevemos puestos en los pies los zuecos prodigiosos.

En menos de un segundo, su alma recorrió la

distancia que separa la Luna de la Tierra, esto es, más de sesenta mil leguas.

La Luna, satélite de la Tierra, está formada de una materia mucho más ligera que la de nuestro globo ; se diría que esa materia era nieve acabada de caer. El alma del sereno penetró por uno de los numerosos cráteres de volcanes apagados cuya es-



...los habitantes de la Luna, que eran seres dotados de razón como los hombres... (Pág. 46.)

tructura podéis ver en cualquier mapa lunar. Después de haber descendido una legua en las entrañas de la Luna, se encontró en una ciudad de la que podéis formaros una idea aproximada mezclando en el agua una clara de huevo ; de este modo, obtendréis una materia transparente y flotante, unos dibujos que representan cúpulas, torres, etc.

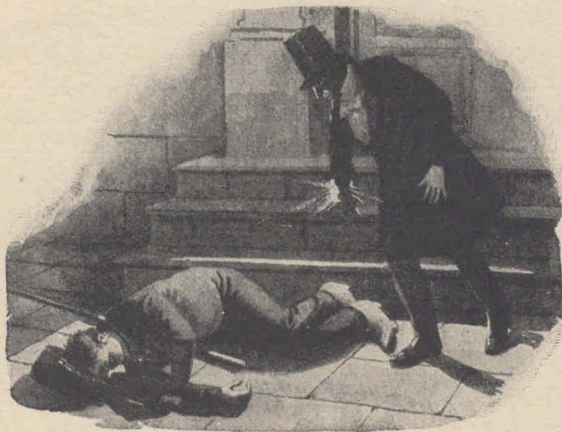
Esto mismo se veía por los edificios de esta ciudad, cuyos habitantes se sentían mecidos blandamente al menor soplo. Mirando hacia arriba, en dirección del orificio del cráter, se distinguía la Tierra, que lucía como un gigantesco disco de fuego.

El aspecto de los habitantes de la Luna, que eran seres dotados de razón como los hombres, era en extremo singular; no estaban cortados por el mismo patrón que nosotros; parecían arabescos creados por una imaginación extravagante. Empleaban un lenguaje que el alma del sereno no sabía descifrar, pues nunca lo había oído; y sin embargo, adivinaba al punto todas las delicadezas de aquel idioma; pues, en efecto, una vez desprendidas de nuestros cuerpos, las almas se revisten de calidades mucho más extraordinarias que las nuestras. Cuando soñamos, ¿no es maravilloso el talento dramático que desenvuelve el alma en nuestros sueños? Hace desfilar ante nosotros nuestros amigos y conocidos, presentándonoslos con su carácter, sus modales, sus manías, y con tal perfección, que resultan más perfectos que estando despiertos; entonces nos recuerda personas que hacía muchos años teníamos olvidadas; las vemos aparecer de pronto a nuestra vista, como las conocimos, con todos sus defectos y perfecciones. En el fondo, esta sorprendente memoria de nuestra alma, no resulta muy agradable, pues en el día del juicio no podrá excusarse diciendo que no recuerda las faltas cometidas: tendrá que acusarse de sus malas acciones, de sus torpes pensamientos, y le

será muy amargo tener que rendir cuentas de sus culpas.

El alma del sereno comprendía, pues, perfectamente la charla de los moradores de la Luna. Estos discutían sobre lo que ocurre en nuestro globo, y casi todos dudaban de que estuviese habitado. Algunos decían :

—Densa, muy densa debe ser la atmósfera de la



...el sereno pierde el equilibrio y cae rodando por tierra... (Pág. 48.)

Tierra. De todos modos, criaturas dotadas de raciocinio sólo pueden existir en la Luna.

También disertaban sobre política ; pero prescindamos de este tema que nada nos interesa, y trasládemonos a la calle de Oestergade para enterarnos de lo que había sido del cuerpo del sereno.

Allí, en la misma escalera, lo encontramos ; permanecía aún sentado, sin movimiento ; se le había caído de las manos el chuzo ; sus ojos, desmesuradamente abiertos, miraban fijamente a la Luna, donde se paseaba su alma.

—¿Qué hora es, sereno ? — le preguntó un trasnochador.

El sereno no contestó. El transeunte se acercó más y lo sacude, creyéndolo dormido ; el sereno pierde el equilibrio y cae rodando por tierra, y sin dar señales de vida. El trasnochador cree que el sereno está muerto y pide socorro ; acuden otros serenos, lo levantan y tratan de reanimarle, pero todos aquellos esfuerzos resultan inútiles. Por fin se deciden a llevarlo al hospital.

Estoy seguro de que los que me lean dirán : «¡ Qué situación para el alma del sereno si, volviendo en aquel momento de su escapatoria a la calle de Oestergade, creyendo encontrar su cuerpo donde lo dejara, no lo hubiese encontrado ! Y si esto sucediera, ¿habría ido a reclamarlo a la policía, entre los objetos perdidos, o habría puesto un anuncio en un diario ? » Creo, queridos lectores, que esto no debe alarmaros ; el alma del sereno habría salido del apuro ; pues nuestras almas, una vez separadas del cuerpo, poseen una gran sutilidad.

Hemos dicho antes, que el cuerpo del sereno fué transportado al hospital, y de allí a la sala de disección ; lo primero que naturalmente hicieron fué quitarle los zuecos, lo que hizo que su alma abandonara en el acto la Luna. Con una velocidad cien veces más rápida que el relámpago, su alma vuel-



...y advertidos los demás, lo atraparon e hicieronle sentar nuevamente a la mesa... (Pág. 39.)

ve al cuerpo del sereno, y éste se levanta lleno de vida, causando profunda admiración a los médicos del hospital que lo creían muerto.

El sereno dijo que nunca había pasado una noche tan terrible como aquélla, y que ni por dos escudos desearía tener otra vez un sueño semejante.

Con el corazón henchido de alegría volvió a su casa para tranquilizar a su mujer y a sus hijos, que estaban inquietos por su tardanza. Las caricias de su familia le recompensaron de cuanto había sufrido.

Los maravillosos zuecos se quedaron en el hospital; tanta fué la alegría del sereno, que no se acordó de recogerlos.

UN VIAJE EXTRAORDINARIO

Los habitantes de Copenhague conocen al dedillo el hospital Frederik, y por lo tanto saben cómo se halla dispuesta la entrada del mismo. Pero como creo que este cuento será leído por otras personas que no han visitado Copenhague, y por lo tanto, no han visto su hospital, voy a dar algunos detalles.

El pabellón principal del edificio está separado de la calle por una alta verja, cuyos barrotes están separados unos de otros, y que los chicuelos pueden pasar por entre ellos fácilmente.

Uno de los muchachos que hacían los recados del hospital, estaba de guardia en el día en que el sereno fué llevado como muerto. El joven aquel era delgado, pero tenía una cabeza descomunal. Ha-

cía un día horrible y llovía a mares ; el muchacho tenía que salir para desempeñar un encargo que había olvidado. Sólo quince minutos debía de emplear para hacer el recado, y pensó que no valía la pena de prevenir al portero, pues pasando por los barrotes de la verja, evitaría tanta molestia.

Al dirigirse a la verja vió los zuecos abandonados por el sereno, y como la lluvia seguía cayendo torrencialmente, se los puso para preservarse de la humedad. Se trataba de pasar por entre los barrotes ; el chico jamás había pasado por ellos, y permanecía indeciso.

— ¡ Ay ! ¡ si Dios hiciera de modo que pudiese pasar la cabeza y sacarla fuera !

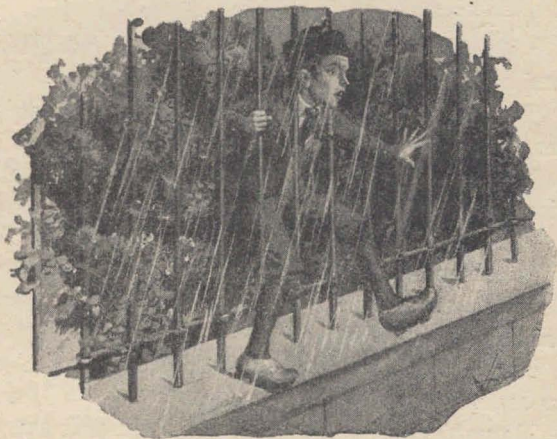
Al instante, y por la virtud que tenían los zuecos, el muchacho pasó la cabeza con la mayor facilidad del mundo. Pero no sucedió así con el resto del cuerpo ; pues por más que el chico se estiró y se encogió, le fué imposible deslizarse entre los barrotes.

— ¡ Buena la he hecho ! — se decía — ; ¡ yo que me figuraba que lo más difícil sería pasar la cabeza ! No, nunca podré conseguirlo.

Se esforzó en querer sacar la cabeza de entre los barrotes, pero también se frustró su deseo. Entonces perdió la paciencia, y acabó por encolerizarse. Los maravillosos zuecos le habían colocado en tan crítica situación, que no se le ocurrió la idea de manifestar sus deseos de salir de aquel apuro.

Deseaba librarse por sus propios esfuerzos de aquella especie de trampa, y permanecía prisionero.

La lluvia continuaba cayendo en abundancia ; no se veía un alma por la calle ; si hubiese pedido auxilio nadie lo habría oído, tan fuerte era la tormenta. Entonces se revistió de paciencia, dispuesto a esperar el nuevo día para que viniesen en su socorro, llamando a un cerrajero para que cortase uno de los barrotes. Pero esta operación exigiría



Deseaba librarse por sus propios esfuerzos de aquella especie de trampa... (Pág. 50.)

tiempo, y entre tanto los chiquillos se divertirían con él ; los alumnos de un colegio instalado enfrente harían lo mismo, y hasta los marineros del barrio acudirían con igual propósito como si estuviese expuesto en la picota.

Esta perspectiva tan poco airosa acabó de encolerizarle más.

—La sangre se me sube a la cabeza — dijo, desesperado—. Me parece que me vuelvo loco. ¡ Ah, Dios mío ! ¡ si pudiese salir de esta especie de cepo !

Estas últimas palabras eran las que debía haber pronunciado antes. Así es, que al momento el cuerpo se encontró fuera, y el pobre muchacho emprendió veloz carrera, dando saltos y brincos, contento de haber escapado a las burlas feroces que le aguardaban.

¿ Creéis que mi cuentecito se ha acabado ? No lo creáis ; ahora viene lo más gracioso.

Transcurrieron la noche y el día, y nadie se presentó en el hospital a reclamar los zuecos.

Por la noche había función en un teatro de aficionados del barrio. Un público numeroso ocupaba todas las localidades ; entre los espectadores, figuraba el muchacho del hospital, que había comprado una butaca para olvidar las angustias que había pasado la noche antes.

Como las calles estaban llenas de barro, el chico se había puesto los zuecos.

Empezó el espectáculo con la lectura de un poema moral e instructivo titulado *Las gafas de mi vecina*. Estas gafas tenían la propiedad de ver a los hombres como un juego de naipes, y barajándolos, se podían pronosticar los sucesos del año.

Esta propiedad de las gafas agradó mucho al joven, que habría deseado poseerlas.

—Con un poco de habilidad — pensó—, se podría ver el corazón de la gente ; lo que sería más curioso e interesante que predecir los acontecimientos del año que, tarde o temprano, siempre se co-

nocen, en tanto que jamás se llega a conocer los pensamientos de los demás. Elegiría, por ejemplo, para mis observaciones, a esos elegantes caballeros y a esas hermosas damas que ocupan la primera fila de butacas, y si pudiera ver lo que tienen en el corazón, vería en él cosas extrañas; en el corazón de la señora de la izquierda descubriría todo un almacén de modas; en el de la señora de al lado, un surtido de frascos con venenos para destruir la reputación de sus amigas. ¡Oh! esto sería muy divertido. ¿Por qué no soy ligero y sutil como el pensamiento para poder penetrar en los corazones?

En el instante los zuecos satisficieron los deseos del joven: el cuerpo de éste se redujo hasta hacerse invisible, tomando una forma casi impalpable. Se introdujo, de uno en uno, en los corazones de los espectadores de la primera fila.

Empezó por el corazón de la dama que el joven creyó tan poco humanitaria para sus amigas. En efecto, se vió en medio de un establecimiento ortopédico en cuyas paredes colgaban miembros humanos vaciados en yeso, de formas horripilantes. La dama había almacenado en su corazón las imperfecciones físicas y morales de sus amigas, y así podía tenerlas siempre en la memoria y pensar en ellas con secreta alegría. Luego se introdujo en el corazón de otra mujer. Diríase que este corazón era el santuario de la inocencia; se sentía uno penetrado de un profundo respeto. Ante aquel espectáculo, el joven sintió tentaciones de postrarse de hinojos como cuando se oyen resonar los acentos

graves y religiosos del órgano de un templo invitándonos a la oración. Allí se respiraba una atmósfera tal de candor, que el joven se creyó transformado en otro hombre.

Después de grandes trabajos, penetró luego en el corazón de un hombre rico y respetable, que gozaba de gran prestigio entre los comerciantes. Este individuo era una mole de carne con ojos ; todo era materia ; nada había para el espíritu ni para los elevados sentimientos.

Luego penetró en otro corazón. Este era un gran salón cubierto de grandes espejos como en el castillo de Rosemborg ; pero aquí aumentaban de una manera considerable los objetos que reflejaban. En medio de la sala veíase a un personaje absorto en la contemplación de sus cualidades, aumentadas más de cien veces ; era un hombre inútil para la sociedad, pero ocupaba gran posición en el mundo.

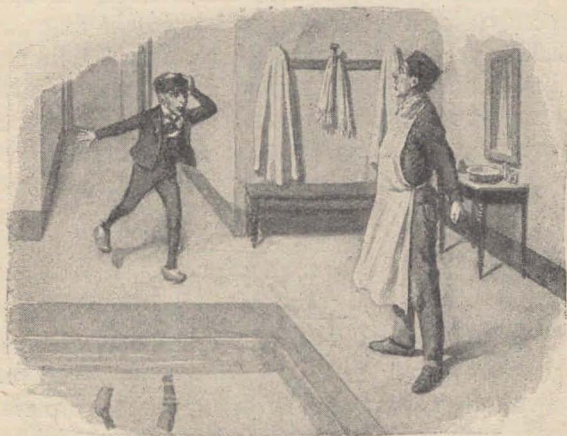
El joven se introdujo después en un estrecho corredor erizado de púas y punzantes agujas.

— ¡ Ah ! — exclamó —, sin duda éste es el de una solterona.

No, el joven se equivocaba : aquel corazón era el de un oficial de pocos años, al servicio inmediato de su soberano, condecorado ya con varias encomiendas, y del que se citaban numerosos epigramas que atacaban a muchísimas personas de mérito.

Muy triste abandonó el joven el corazón del oficial ; sentía que sus ideas se confundían al penetrar en los arcanos secretos del corazón humano, y se creyó víctima de una alucinación.

—¿Me estaré volviendo loco? — se preguntaba—. Mi cabeza oscila, la sangre bulle dentro de mis venas, y tengo una fiebre abrasadora... Pero, ahora que lo pienso bien, creo que esto es debido a mi aventura de ayer cuando tenía la cabeza apriionada entre los barrotes. He de cuidarme. Me parece que un baño ruso me sentaría muy bien.



El encargado de los baños, espantado a la vista de aquel individuo que se le venía encima, (P. 56.)

¡ Si estuviese en el escalón más alto de los baños de vapor !

No bien hubo pronunciado estas últimas palabras, el joven, por virtud de los zuecos, se encontró en el departamento de los baños rusos del hospital, vestido, con zapatos y zuecos, en el escalón más alto de la estufa. El calor que se sentía allí

era insoportable ; gotas de agua hirviendo le caían del techo en la cabeza, deslizándoseles por todo el cuerpo.

— ¡ Ay, ay ! — exclamó el empleado del hospital descendiendo velozmente del sitio en que estaba en dirección a la piscina del agua fría.

El encargado de los baños, espantado a la vista de aquel individuo que se le venía encima vestido, como un loco escapado del manicomio, dió un grito.

El fugitivo, con la mayor tranquilidad del mundo, explicó al bañero que aquella singular aventura era el resultado de una apuesta. Marchóse inmediatamente, y entrando en su casa, se colocó un emplasto en la nuca y otro en las espaldas para calmar la fiebre que, según él, lo disponía a la locura.

Al día siguiente, al quitarse nuestro héroe los emplastos, vió horrorizado que sobre la epidermis se le habían formado algunas vejiguillas de regular tamaño que le hacían sufrir mucho. Esto fué todo lo que alcanzó con haberse puesto los maravillosos zuecos. En cuanto a la experiencia que habría podido adquirir estudiando el fondo de algunos corazones, jamás supo aprovecharla.

LAS METAMORFOSIS DE UN EMPLEADO EN LA COMISARÍA DE POLICÍA

El sereno, a quien supongo no habéis dejado en olvido, recordó entre tanto los zuecos que había encontrado en la puerta de la casa en que habi-

taba el teniente, y luego dejara en el hospital. Inmediatamente fué en busca de ellos y se los llevó al joven oficial ; pero éste declaró que no eran suyos, y nadie de la calle de Oestergade los reconoció como de su propiedad. En vista de esto, el sereno los depositó en la comisaría de policía.

El empleado de la oficina que estaba de guardia, exclamó :

—¡ Oh ! estos zuecos se parecen a los míos. Trabajo daría a un zapatero para distinguirlos ; son del mismo tamaño, y tan nuevos como los que yo uso.

Cuando más distraído estaba comparando sus zuecos con los que le entregó el sereno, fué interrumpido por un individuo que entró en la oficina y le entregó un papel diciéndole :

—Señor, entérese de esto.

El empleado tomó el papel, y después de enterarse de su contenido, despidió al visitante. Cuando éste se marchó volvió a los zuecos ; pero, como eran casi idénticos, se encontró que no sabía qué zuecos eran los suyos, si los de la derecha o los de la izquierda.

—Deben ser estos que están húmedos — se dijo.

Pero nuestro hombre se equivocaba ; creyó que eran de él los zuecos maravillosos. Hasta en esto se ve que no es infalible la policía. Cuando el empleado hubo terminado su trabajo, metió algunos papeles en su cartera, colocóse debajo del brazo algunos legajos para estudiarlos en su casa, y después de calzarse los zuecos que creía suyos, abandonó la oficina.

Era un domingo por la mañana, y el tiempo convidaba a pasear.

—Antes de ir a mi casa — se dijo—, voy a dar un paseo por Frederiksberg.

Y se dirigió hacia aquel sitio.

No podéis imaginaros lo apacible que era el joven empleado. Sólo tenía un defecto: envidiaba a los que tienen una existencia agitada y llena de aventuras. Empezó a caminar sin pensar en nada más que en estirar las piernas, entumecidas por haber permanecido tantas horas inmóviles debajo del escritorio. Los zuecos no tenían ocasión de manifestar la maravillosa virtud de que estaban dotados. Paseando por una gran avenida, encontró a un joven poeta amigo suyo, que le participó que al día siguiente iba a emprender un viaje de recreo.

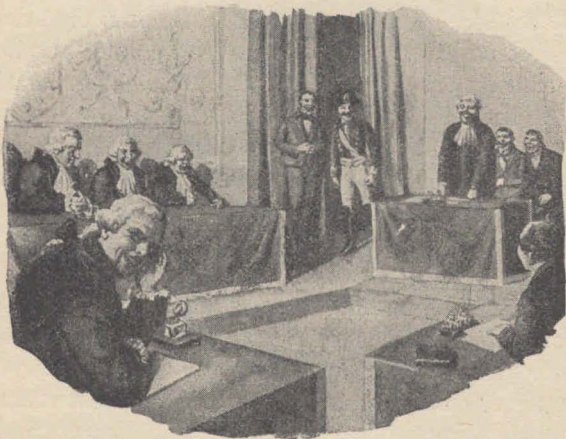
—¡Qué feliz sois! — exclamó el empleado—. ¡De nuevo vais a emprender vuestras agradables excursiones por montes y valles! Libre como el aire, podéis marcharos cuando os place; no así nosotros, que siempre estamos encadenados al banquillo.

—Sí, sí — respondió el poeta—; pero vuestra cadena está atada al árbol del pan. No tenéis que pensar en el mañana, y cuando sois ya viejos, os jubilan.

—Como queráis, amigo mío, pero a la postre todas las ventajas son para vos. ¡Qué hermoso es dedicarse a la poesía, hacer versos, recibir los plácemes de sus admiradores, y no tener amo que os mande y que os ponga en el aprieto en que se encontró un amigo mío que es juez en el tribunal!

Escuchad lo que sucedió : hace unos días se juzgaba una causa en extremo divertida ; todo el mundo reía a mandíbula batiente ; mi amigo el juez estaba obligado a permanecer serio, y esto fué causa de que cayese enfermo, por aguantar la risa. Ahí tenéis lo que es ser esclavo.

El poeta hizo un gesto con los hombros ; el em-



pleado meneó la cabeza ; ninguno manifestó su parecer, y cada uno continuó su marcha interrumpida.

El buen empleado iba pensando :

—¡ Qué raza tan particular es esta de los poetas ! Me agradaría ser uno de ellos ; entonces vería mejor cuanto de bello y bueno se encierra en el mundo ; pero eso sí, los versos elegíacos los dejaría para otros.

Y quedó sumido en sus reflexiones. De pronto alzó la cabeza y dijo :

—¡ Qué ambiente más perfumado se respira aquí ! El cielo está sereno. ¡ Qué hermoso efecto producen esas nubes que se divisan sobre la línea que marca el lejano horizonte ! Diríase que eran las cúspides de elevadas montañas cubiertas de niveo manto. En la exuberante vegetación de las praderas millones de gotas de rocío brillan como diamantes heridos por los rayos del sol. Hace años que no he sentido tanto los encantos de la Naturaleza.

Mis lectores habrán ya notado que el buen empleado se había convertido en poeta por arte de los zuecos maravillosos ; y sin embargo, nada había metamorfoseado ni el exterior ni el interior de su persona ; los poetas están hechos como los otros hombres, entre los que se encuentran frecuentemente naturalezas mucho más poéticas que los que ostentan el título de rimadores. La diferencia que existe entre el poeta y el resto de los hombres, es que aquél cultiva más la memoria, que mantiene la idea, la impresión poética bastante tiempo para poder después rimarlas ; en los otros se desvanecen con suma rapidez.

Dejémonos de consideraciones y volvamos a nuestro empleado, que, gracias a los maravillosos zuecos, continuaba con sus poéticas inspiraciones.

—¡ Oh ! ¡ Con qué placer respiramos la perfumada brisa ! — exclamó—. Esto me hace recordar las suaves emanaciones de las violetas que, siendo yo joven aspiraba con fruición en casa de mi tía Carlota. ¡ Dios mío ! ¡ cuánto tiempo hace que no he

pensado en aquellos venturosos días! ¡Pobre señora! Vivía entonces junto al canal. Siempre, aun en lo más crudo del invierno, tenía en su cuarto grandes ramos de olorosas flores; las violetas embalsamaban su habitación durante las grandes nevadas, cuando en los cristales helados de los balcones hacía yo redondeles con un chelín calentado al fuego. ¡Qué hermoso panorama se presentaba entonces ante mi vista! Sobre las heladas aguas del canal, los navíos, inmóviles, sólo tenían por tripulantes bandadas de cornejas que se agitaban en las jarcias. Luego venía la época del deshielo, saludada con jubilosa algarabía por grandes y chicos. Los marineros pintaban de nuevo los buques que, alzando las velas, partían para los países lejanos. Yo he permanecido en el pueblo donde vi la luz primera, y estoy condenado a permanecer en él durante toda mi vida. Yo estoy empleado en una comisaría, y para más suplicio, expido los pasaportes para los afortunados que se dirigen a los países extranjeros que tantos deseos tengo de visitar. ¡Ah, qué perra suerte la mía!

Y al mismo tiempo lanzó un profundo suspiro.

—Pero — continuó al cabo de un instante —, ¿qué pasa por mí? Jamás he tenido ideas tan exaltadas; sin duda es efecto del fresco de la mañana. Me encuentro indispuesto, casi tengo calentura. ¡Bah! examinemos estos papeles que debo anotar mañana; esto cambiará mis ideas.

Tomó el legajo de papeles que se llevó de la comisaría, y en la primera página leyó en gruesos

caracteres : LA DAMA SIGBRITH, *tragedia en cinco actos*.

—¡Qué veo ! — exclamó atónito—. Este no es el legajo que tomé en la oficina. Pero lo más sorprendente es que la letra es mía. ¡ Es extraño ! — Y al volver la otra página, leyó— : LA INTRIGA EN EL PASEO O EL DÍA DE LA PENITENCIA, *comedia*. ¿Qué significa esta broma ? — continuó—. Seguramente es mi amigo el poeta quien me ha metido estos papeles en el bolsillo. ¡ Calla ! ¡ aquí encuentro una carta ! La firma el director del Teatro Real y envía las dos obras, diciendo que no merecen los honores de la representación. Vaya, vaya ; no comprendo nada de esto.

El empleado se sentó, y quedó sumido en hondas reflexiones. Sus ideas abarcaban un ancho campo de suposiciones ; su corazón sentía una gran ternura por todo lo creado. Maquinalmente cogió una margarita, se la acercó a los labios y estampó un beso en la humilde florecilla ; luego la contempló extasiado. La florecilla contó al empleado, mejor que hubiera podido hacerlo el más sabio botánico, cómo había nacido y el modo misterioso de su desarrollo. La bienhechora influencia de los rayos del sol la había hecho brotar en la hierba, había desarrollado la yema y abierto sus delicados pétalos.

—La luz — dijo — es mi vida ; me vuelvo hacia ella. Cuando muere esa luz, cierro mis pétalos y me duermo, acariciada por la brisa.

En esto llegó un muchacho que, golpeando con una caña en el lodazal del foso, hizo saltar un agua

verduzca. El empleado acordóse de los millones de bacilos que, hallándose en una sola de las gotas esparcida por la atmósfera, debían experimentar la sensación que sentiríamos nosotros si fuésemos bruscamente transportados más arriba de las nubes.

Luego, reflexionando en las nuevas impresiones que sentía, dijo el empleado sonriendo :

—Estoy soñando despierto y me pregunto si mañana me acordaré de los sueños que asaltan mis sentidos. Sueños son, es cierto, pero me parecen más verídicos que la realidad. Y tengo la seguridad de que, si me acuerdo de estos sueños mañana, cuando esté más tranquilo, me parecerá que todo ha sido una quimera. Según mi modo de entender, existen maravillas que se parecen a la fortuna de los genios ; de noche parecen tesoros de plata y oro ; de día no son más que guijarros y hojarasca.

—¡ Ah ! — dijo el empleado cambiando rápidamente de idea como es costumbre en los poetas, al ver saltar a los pajarillos de rama en rama, gorjeando alegremente—. ¡ Cuánto más felices que yo son esos diminutos seres ! ¡ Qué felicidad la de nacer con alas, y libre, volar por el espacio ! Si tuviese el don de poder transformarme en pájaro, sería una alondra.

En el momento que exponía ese deseo, las mangas de la casaca de nuestro héroe se transformaron en alas, los zuecos convirtiéronse en patas y su cuerpo quedó cubierto de plumas. Al verse metamorfoseado en alondra, el empleado rió interiormente y se dijo :

—Ahora estoy convencido de que sueño, pero, a

la verdad, jamás he soñado una cosa tan singular y extravagante como ésta.

Luego extendió las alas, y emprendiendo el vuelo, fué a posarse en una rama de árbol y entonó el canto de la alondra. En cuanto a las inspiraciones poéticas del empleado, éstas, naturalmente, habían desaparecido

—Esto es sublime — se dijo—; hace un momento me aburría con un legajo de papelotes; ahora creo ser una linda alondra y vuelo entre las frondosidades del jardín de Frederiksberg. Podría escribirse una historieta sobre mi aventura.

Hacía rato que el empleado convertido en alondra jugueteaba saltando graciosamente por entre las hierbas que le parecían altas palmeras, cuando de pronto se vió rodeado de intensa obscuridad, y cercado por todas partes: era un grumete que, echándole su gorro encima, se había apoderado de él, y que después, sujetándole por las alas, le apretaba sin consideración.

—¡Ah, pillo, granuja, suéltame! — exclamó el empleado—. Pertenezco al cuerpo de policía.

Pero sus angustiosos gritos resonaron como el débil *pi, pi*, de los pajarillos. El grumete metió de nuevo la alondra en su gorro y se volvió a su buque. En el camino se encontró el aprendiz de marinero con dos colegiales, hijos de familias ricas. Los dos niños eran unos perezosos, casi los últimos de su clase; se divertían con cualquier cosa. El grumete les propuso que le comprasen la alondra, y aceptaron mediante algunos chelines; y con su linda compra entraron en Copenhague.



...éste se levanta lleno de vida, causando profunda admiración a los médicos... (Pág. 49.)

—Gracias a que todo es un sueño — se decía el empleado—, pues si no fuese así, mi aventura no tendría nada de agradable. Yo creo que por haber abusado tanto de la poesía hace un momento, me he convertido en pájaro. Tengo curiosidad de saber cómo terminará todo esto.

Los muchachos llegaron a su casa, y llevaron la alondra a un salón muy elegante, donde una señora, tía de los niños, acogió a éstos con una graciosa sonrisa. Pero, cuando los zagales enseñaron la compra que habían hecho, la señora arrugó el entrecejo y puso cara de vinagre.

—¡Qué pájaro tan ordinario habéis traído! — exclamó la anciana—. Sólo os consiento que lo dejéis en el salón hasta mañana. Entre tanto, meterlo en la jaula vacía, cerca de la ventana. Veamos si divertirá al lorito.

Y mientras hablaba, la dama sonreía a un enorme papagayo verde, que se mecía grave y orgullosamente en un aro que pendía del centro de una jaula de latón.

—¿No sabéis, niños, el acontecimiento del día? —añadió la señora con aire estúpido—. Hoy es el aniversario del nacimiento del loro. Tal vez el rústico canto de esa alondra lo distraerá.

El loro no se dignó responder y siguió columpiándose con aire de importancia en su aro. Pero, un precioso canario, que un marino había traído hacía un año de las cálidas y pintorescas regiones del Sud, se puso a cantar con melodiosa entonación.

—¡Calla, escandaloso! — exclamó con irónico acento la señora, y cubrió con un pañuelo blanco

la jaulita en que estaba prisionero el lindo cantante.

—*Pi, pi* — gorjeó tristemente el canario—; ya ha vuelto el invierno con sus continuas nieves.

Y no dijo más.

La alondra fué colocada en una jaula junto al canario. Por fin el loro abrió el pico y recitó su lección; era una serie de palabras sin ton ni son,



...era un grumete que, echándole su gorro encima, se había apoderado de él... (Pág. 64.)

salvo una frase que tenía alguna apariencia de razón: «¡Vamos, seamos hombres alguna vez!» Algunas veces las pronunciaba con tal oportunidad, que producía un efecto muy cómico.

Aparte las palabras del lenguaje humano que le habían enseñado, usaba el lenguaje propio de los

loros, que el canario y la alondra comprendían a las mil maravillas.

La tía de los colegiales abandonó el salón llevándose su pañuelo; el canario entonces empezó a cantar:

— ¡Qué tiempos felices aquellos en que yo volaba sobre las verdes palmeras y los almendros en flor! En compañía de mis hermanos, nos mecíamos en los tallos de las lindas flores que crecen en las orillas de los lagos de las límpidas y azuladas aguas de mi patria. En las ramas de los gigantescos árboles de los alrededores posábanse numerosos y lindos papagayos, los unos con verde plumaje, los otros de color de rosa y encarnados, meciéndose y contándose divertidas historias.

— Sí; yo también estaba entre ellos — objetó el loro —, pero eran pájaros sin ninguna educación. ¡Vamos, seamos hombres! ¿Por qué no os reís cuando pronuncio estas palabras? La señora de casa y cuantas personas vienen a visitarla, ríen a carcajadas cuando me oyen. ¿Qué os hace falta para reiros? ¡Vamos, seamos hombres!

— ¿Y no te acuerdas — preguntó el canario — de las lindas y vivarachas jóvenes que bailaban bajo los plátanos a la claridad de la luna? ¿No te acuerdas de las sabrosas frutas de aquellas ricas tierras, de los sombríos y deliciosos lugares que hallábamos en las pobladas selvas?

— Sí, sí — contestó el loro —; nunca he olvidado mi bello país; pero, a la verdad, me encuentro mejor aquí. Me obsequian en esta casa con buenos alimentos sin tener que molestarme en bus-

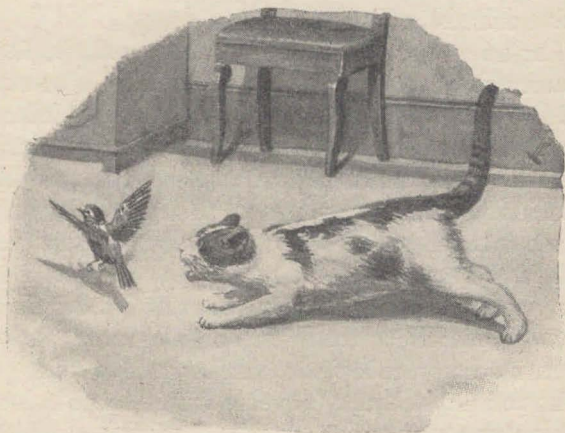
carlos. Estoy rodeado de consideraciones, como una notabilidad que soy, y no deseo otra cosa. ¡Vamos, seamos hombres! Tú, amigo canario, tienes el temperamento poético; yo poseo instrucción y juicio. El genio radica en ti, pero no el sano raciocinio; sigues tu inspiración, y sin preocuparte de si es oportuno o no, lanzas tus trinos; y como hace un instante, te privan de la luz del día y te hacen cerrar el pico de una manera humillante. A mí no me afrentan como a ti. Se han ocupado mucho de mi persona y están orgullosos de haber aprendido con tanta facilidad sus lecciones. Además, me respetan, temerosos de mi corvo y puntiagudo pico, y aprecian la oportunidad con que interrumpo sus conversaciones cuando repito mi frase favorita: ¡Vamos, seamos hombres!

—¡Oh patria mía — gorjeó el canario—, país pletórico de vegetación, donde los bosques llegan hasta las playas de los serenos golfos, y las ramas de sus frondosos árboles se inclinan sobre sus azuladas aguas y reciben el beso de sus ondas movidas por blanda brisa! ¡Qué gozo experimentaba allí cuando me solazaba en las palmeras en compañía de mis hermanos y de los pintados pajarillos de plumaje vistoso y melodioso canto!

—Déjate de alegrías — observó el loro—. Cántanos algo alegre que haga reír. La risa es patrimonio de las inteligencias privilegiadas. Un perro, un caballo, y todos sus congéneres los animales groseros, ¿se ríen? No; lo único que saben es llorar, pues, como antes he dicho, la risa es un don que sólo es concedido a los hombres y a algunos anima-

les privilegiados. ¡Ja, ja, ja!... ¡Vamos, seamos hombres!

—Y tú, amiguita alondra — dijo el canario dirigiéndose a la avecilla—; tú que eres oriunda de los países del Norte, y estás prisionera como yo, el frío reina eternamente en el bosque que habitabas, pero allí se goza de libertad; aprovecha la ocasión



El felino no logra echarle encima sus afiladas garras... (Pág. 70.)

para escapar. ¿No ves que han olvidado de cerrar tu jaula, y la puerta está abierta? ¡Vuela, vuela, y regresa a tu patria!

La alondra, o sea el empleado de la comisaría metamorfoseado siguió el consejo del canario y salió de la jaula. Una vez fuera de su prisión, y en el momento de emprender el vuelo, una puerta que

estaba entornada se abre, y poco a poco avanza hacia la alondra el gato de la casa, se detiene un instante, sus verdes ojos relucen, da un salto y se precipita sobre la pobre fugitiva. El felino no logra echarle encima sus afiladas garras, y la alondra, aturdida, empieza a revolotear por toda la sala. El canario se agita en su jaula; el papagayo se contonea orgulloso, bate las alas y grita: «¡Vamos, seamos hombres!»

Por fin la alondra gana la ventana abierta, desaparece por ella, y va a posarse en un tejado, rendida de fatiga. Ya repuesta, mira a su alrededor; aquel sitio no le es desconocido; ve otra ventana abierta; vuela hacia ella y entra en su misma habitación. Se detiene encima de la mesa, y algo inquieto aún, se pone a repetir, sin darse cuenta, las palabras del loro: «¡Vamos, seamos hombres!» No bien hubo acabado de pronunciar esa frase, la alondra recobra la forma humana y se convierte en el antiguo empleado de la comisaría de policía.

El pobre muchacho, al verse subido sobre la mesa, exclama:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cómo he venido aquí? ¡Qué sueño tan extraordinario! Bien me lo decía yo, que cuando uno se despierta, los sueños no son más que simplezas.

EL MEJOR PRESENTE DE LOS ZUECOS

Al día siguiente muy de mañana, cuando aun dormía tranquilamente el empleado, llamaron a la puerta de su cuarto. Levantóse de la cama, abrió

y se introdujo en su habitación un joven estudiante amigo y vecino suyo.

El visitante, después de saludarle, le dijo :

—Amigo mío, vengo para que me prestes tus zuecos ; hace un sol magnífico, pero como todavía hay mucho rocío en el jardín, no quiero mojarme los pies, pues desearía bajar a dar un paseo y fumar una buena pipa.

El empleado accedió a la petición del estudiante. Este se puso los zuecos y se fué a dar un paseíto por el jardín, donde no había más que un manzano y un ciruelo.

El estudiante continuaba su matinal paseo, cuando de pronto oyó el tañido de la campana de un reloj que daba las seis, y al mismo tiempo el eco que producía la corneta de un postillón.

—¡ Oh ! — exclamó el estudiante—, ¡ qué placer tan dulce es viajar ! ¡ Es mi única ambición ! ¡ Cuándo podré visitar esos países cuyas descripciones me dejan encantado ! ¡ Cuánto daría por estar lejos, muy lejos, por ejemplo en Suiza, la pintoresca Suiza !

En este instante los zuecos demostraron una vez más sus maravillosas condiciones. El estudiante se encontró en el acto en medio de las abruptas montañas de los Alpes. Nuestro héroe viajaba en compañía de otras ocho personas en el interior de una diligencia como sardinas en banasta. Sentía un fuerte dolor de cabeza, y su cuerpo estaba molido ; sus pies los tenía hinchados. El pobre estudiante iba medio dormido. En uno de sus bolsillos guardaba su carta de crédito y en otro su pasaporte ;

pendiente del cuello llevaba una bolsita con algunos luises de oro dentro. Sin cesar soñaba que le habían robado uno de estos objetos de que tanto necesitaba; se despertaba sobresaltado y rebuscaba en sus bolsillos para cerciorarse de que no se los habían quitado. La diligencia empezó a subir por



Nuestro héroe viajaba en el interior de una diligencia... (Pág. 71.)

un camino desde el cual divisábase un panorama encantador. Por todas partes veíanse altísimas montañas cuyas cúspides estaban de espesa capa de nieve que brillaba como bruñido espejo al ser herida por los rayos del sol; en la falda de esas mismas montañas descubría la mirada espesos bosques de castaños y robles mezclados entre altísimos pinos. Las ventanas de la diligencia estaban cerradas, y

cuando el estudiante pretendía estirar el cuello para admirar aquel incomparable panorama, los bastones y los paraguas que colgaban de las redes le azotaban la cara, exponiéndose a que le vaciaran un ojo; así es, que lo poco que podía ver tan penosamente de aquellos espléndidos paisajes, era para él más bien un suplicio que un placer.

Después, cuando se ponía a reflexionar, pensaba malhumorado en las escasas fondas que encontraría en el trayecto, caras y malas, y se preguntaba si se quedaría sin dinero a medio camino.

La diligencia seguía rodando. Cuanto más ascendía, más severo e imponente se presentaba el panorama. En medio de un verde brezal sembrado de pinos y abetos se alzaban gigantescas rocas, cuyas cimas se perdían en las nubes. Empezó a caer abundante nieve; soplaba el viento impetuosamente, y el frío era intenso.

—¡Carape, carape! — se decía el estudiante—; ¡si me encontrase a la otra parte de los Alpes! Aun hace calor como en verano. Y si hubiese cobrado el dinero de mi carta de crédito, la inquietud que experimento por no haberlo cobrado habría desaparecido y contemplaría con más placer este fantástico país. En verdad, desearía estar al otro lado de los Alpes.

En cuanto hubo pronunciado el estudiante las anteriores palabras, por virtud de los zuecos se vió transportado a la región de Italia situada entre Florencia y Roma. Rodeado de colinas de un tono azul oscuro, veíase a lo lejos, iluminado por el sol poniente como una inmensa placa de oro, el pinto-

resco lago Trasimeno, célebre en la historia por la derrota que sufrió Flaminio por Aníbal. Altas vides cargadas de dorados racimos trepaban por el tronco de copudos olmos ; muchachos encantadores, aunque desharrapados, guardaban pjaras de juguetones lechoncitos, acostados bajo un bosquecillo de laureles en flor. Si mi pluma pudiera describir esta



pastoril escena, los que me leyesen exclamarían : «¡ Oh, Italia !, ¡ la hermosa Italia !» Pero esta exclamación no asomaba en los labios del estudiante, ni en los de sus compañeros de viaje.

Moscas venenosas y otros insectos revoloteaban en torno del carruaje, siendo inútiles los esfuerzos de los viajeros para preservarse de sus molestas y dañinas picaduras ; todos tenían el rostro hinchado, cubierto de granos que ardían. Pero aun era

peor la posición de los pobres caballos : el dolor que les producían las picaduras les hacían encabritarse y relinchar furiosamente.

Llegó el momento en que los últimos destellos del sol se disfumaban en lontananza. Pesaba sobre la atmósfera un frío glacial. Mas no obstante, las montañas ostentaban el delicioso tono verde de un claroscuro misterioso que contemplamos admirados en los fondos de los antiguos cuadros de los maestros italianos y que las gentes del Norte no creen naturales. La luna apareció por fin ; a su claridad podíase presenciar un fantástico espectáculo, espectáculo sublime que escapó a las miradas del estudiante. Nuestro héroe se sentía el estómago vacío, el cuerpo cansado ; todos sus pensamientos estaban fijos en la posada en que debía pasar la noche, y no estaba por las poéticas contemplaciones.

—Quizá la primera posada que encuentre será peor que la de ayer — se decía—. ¿No valdría más dormir a campo raso?

La diligencia se internó por en medio de un olivar. Al estudiante le pareció que aquellos olivos eran menos bellos que los nudosos sauces de su país. Por fin llegaron a una posada solitaria. Media docena de mendigos estaban parados ante la puerta. Causaba horror el verlos ; uno de ellos era manco, otro tenía las partes visibles de su cuerpo cubiertas de pústulas, otro sin piernas ; uno de ellos parecía la imagen del Hambre.

Aquellos desgraciados exclamaron al unísono con acento lento y desgarrador, al reconocer que el estudiante era extranjero :

—*Eccellenza ! miserabili !*

El estudiante, al verse rodeado por aquella turba, tuvo que luchar para libertarse de ellos y entrar en la posada. La dueña, una arpía, vistiendo un traje grasiento, los pies descalzos, los cabellos en desorden, recibió a los huéspedes con una sonrisa de vampiro. Las puertas estaban atadas con cuerdas a guisa de bisagras, los murciélagos volaban por la sala, y sentíase un olor que provocaba náuseas.

—Será mejor que coloquen la mesa en la cuadra — observó uno de los viajeros—, a lo menos sabremos lo que olemos.

La mesonera entreabrió las desvencijadas ventanas para dar gusto a tan exigentes personas, que tanto empeño tenían en respirar el aire puro. Al instante los pordioseros asomaron por las ventanas sus asquerosos rostros, y con acento quejumbroso que nada tenía de agradable, volvían a repetir:

—*Eccellenza ! miserabili !*

Los muros de aquella sala estaban materialmente cubiertos de inscripciones hechas con carbón; estaban escritas en todas las lenguas europeas, y eran violentas imprecaciones contra la bella Italia.

Por fin sentáronse los viajeros a la mesa. Se sirvió la sopa, cuyo sabor dominante era el de la pimienta y el aceite rancio; los huevos que presentó la mesonera estaban podridos; el mejor plato que colocó sobre la mesa fué un pollo carbonizado, el vino era agrio y bautizado.

Por la noche, los viajeros, creyendo encontrarse en un antro de bandidos, atrincheraron las puer-

tas con sillas y cofres, y por turno montaron la guardia. Llegó su vez al estudiante y tuvo que hacer de centinela. La atmósfera era pesada y sofocante. Los mosquitos zumbaban en los oídos de los viajeros de un modo siniestro; fuera, los mendigos murmuraban en sueño: *Eccellenza! miserabili!*

—¡Qué cómodo sería viajar — se decía el estudiante — sin tener que llevar consigo su cuerpo, que tantas exigencias causa, y lanzarse por los espacios como los espíritus! Pero, tal como soy, aunque continuamente cambio de sitio no me encuentro bien en parte alguna. Yo siempre aspiro a algo más elevado, a un fin mejor. Ahora bien, si de un solo impulso pudiese llegar al fin supremo, allí donde la única soberana es la felicidad, entonces...

No acabó la frase, pues en aquel momento sintióse transportado a la casa donde nació. Allí continuaban las blancas cortinas cubriendo las ventanas; en el centro de la habitación había un negro ataúd, y dentro de él dormía el estudiante el apacible sueño de la muerte. Los deseos de nuestro héroe se habían realizado: su cuerpo reposaba; su alma fluctuaba al través de los mundos.

Solón decía: «No digas jamás que nadie es feliz antes de morir.» Estas palabras del filósofo y poeta griego debían realizarse en esta ocasión.

Sin saberse por dónde habían entrado, dos figuras etéreas presentáronse en la habitación; eran dos antiguas conocidas nuestras: el hada de la Preocupación y el hada de la Dicha. Ambas se in-

clinaron sobre el cadáver del estudiante, y la primera de ellas dijo a su compañera :

—¿Quieres decirme qué felicidad han proporcionado tus zuecos a los hombres?

—Escucha y lo sabrás — respondió la interpelada— : a este que tienes delante, los zuecos le han proporcionado una verdadera felicidad ; esto es, una muerte dulce en la primavera de la vida, antes de que tuviese ocasión de conocer las contrariedades de la existencia.

—Estás en un error — respondió el hada de la Preocupación— ; este hombre ha abandonado la vida prematuramente, antes de que su alma hubiese cumplido su destino. Así es, que no gozaría de toda la felicidad a que por derecho le corresponde cuando haya experimentado sufrimientos más vivos. Voy a prestarle un gran servicio.

Y al mismo tiempo quitó al joven los zuecos.

En el acto, el estudiante despertó, se levantó y abrió tamaños ojos. Las hadas habían desaparecido.

Desde entonces, nunca volvieron a verse los zuecos ; el hada de la Preocupación se los había llevado consigo ; indudablemente pensó que más bien le pertenecían a ella por derecho. Y se comprende, porque cuando se deja a los hombres en libertad de llevar a cabo sus deseos, es muy dudoso que encuentren en eso que desean la felicidad.

FIN

AUTORES DANESES

mur. 2913

LITERATURA INFANTIL

CUENTOS

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Biblioteca Selecta

VOLUMENES PUBLICADOS

1. El molino de los pájaros.
2. Corazones dormidos.
3. Flores de juventud.
4. La vanidosa Alicia.
5. El espadachín.
6. El heredero.
7. La fuerza del bien.
8. El sueño de Pepito.
9. Juegos y hazañas de animales.
10. Cuentos de Andersen, 1.º
11. Cuentos de Andersen, 2.º
12. La cabaña del tío Tom.
13. Robinsón.
14. El teatro de los animales.
15. Verdades y fantasías.
16. Mimos de niña.
17. El instinto de los animales
18. El amor y la guerra.
19. El premio gordo.
20. Un ministerio de animales
21. La pícara vanidad.
22. Un Charlot del mundo animal.
23. Un experimento del doctor Ox.
24. Un drama en los aires.
25. Por mentir.
26. Rosina.
27. Paquito el explorador.
28. Desconocida aventura de Teresa Panza.
29. El Ángel.
30. Ib y Cristina.
31. El último sueño del roble.
32. El cofre volador.
33. El tío «cierra el ojo».
34. La virtud del borrico.
35. Fábulas de Iriarte.
36. En otros tiempos.
37. La campana.
38. Los forzadores del bloqueo
39. Una ciudad flotante, 1.º
40. Una ciudad flotante, 2.º
41. Miguel Strogoff, 1.º
42. Miguel Strogoff, 2.º
43. Las Indias negras, 1.º
44. Las Indias negras, 2.º
45. El rigor de las desdichas.
46. Los huevos de Pascua.
47. La guirnalda de flores.
48. La paloma. — El canario.
49. El canastillo de flores.
50. El honrado Fridolin.
51. La «Granja de los Tilos».
52. Rosa de Tanemburgo.
53. El nido del pájaro.
54. La cruz de madera.
55. El condesito.
56. La condesa Ida.
57. Héctor Servadac, 1.º
58. Héctor Servadac, 2.º
59. El maestro Zacarías.
60. Martín Paz.
61. Cinco semanas en globo.
62. Los hijos del capitán Grant, 1.º
63. Los hijos del capitán Grant, 2.º
64. Los quinientos millones de la Begún.